

Brujas, Ciudad - Museo: Historia, Leyenda y Poesía

Sobre los
vetustos
tejados,
asoman
como un
anacronismo,
antenas de
televisión.

Pero la
seductora
ciudad belga
siempre será
la de los
canales
quietos y las
"beguinas",
la de los
"beffron" y
los poemas
de Rodenbach.

(Foto por
cortesía de
la Embajada
de Bélgica)



Suplemento Dominical de

EL DIA

Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

Año XLIII - N° 2228 - Montevideo, 9/V/976

Directora: Dora Isella RUSSELL

Dep. Legal 31.227/72

BRUJAS, la "Venecia del Norte", que triunfó en la difícil operación de sanear sus canales, se ha lanzado a la solución de otro problema de candente actualidad: el de la circulación de vehículos dentro de sus muros. Ese problema ha merecido una particular atención en el Coloquio Internacional sobre Conservación de Ciudades Históricas, organizado allí por el Consejo Internacional de Monumentos y Parajes (ICOMOS) año elegido por la UNESCO para que fuese el del "Patrimonio Arquitectural Europeo".

Se ha puesto y se pondrá todo en práctica a fin de que Brujas siga siendo digna de su fama de hogar intelectual, de ciudad artística y de lugar destacado del turismo mundial.

Brujas representa uno de los más preciosos tesoros de la vieja Europa. Las vicisitudes de la historia no la han desfigurado mucho. Tuvo la suerte de sobrevivir en gran parte al furor de los iconoclastas en la épica agitada de la Reforma, de escapar a las manos ávidas de los revolucionarios de la Revolución Francesa, de verse libre de los cañones y bombardeos de las dos guerras mundiales.

Es un museo vivo que recuerda cerca de mil años de historia europea. En efecto, a muy pocos arquitectos de la escuela "todo vidrio y hormigón" se les ha autorizado a hacer tabla rasa de fachadas del gótico flamenco o del Renacimiento flamenco que bordean las calles y callejuelas sinuosas, dentro de las murallas medievales. En vez de proceder a la "renovación", como ésta se entendía en los años de la década 50, los ediles municipales prefirieron atenerse al espíritu de "conservación" urbana.

La ciudad rebosa de una atmósfera cuyos orígenes hay que buscarlos sin duda en su pasado prestigioso, y que remonta a los primeros Condes de Flandes y a los Duques de Borgoña. Estos príncipes modelaron el futuro de este rincón del Viejo Mundo, que entonces se conocía por el nombre de Países Bajos y que agrupaba a Bélgica y a los Países Bajos actuales.

La historia viene de lejos. Hacia el año 400 antes de J.C., el Zwin, avanzada del Mar del Norte que llegaba a Brujas, nació a causa de un terremoto. Cuatro siglos después, a bordo de sus drakkars, los vikingos, mercaderes para unos, piratas para otros, remontaron el Zwin todo lo más lejos que pudieron y construyeron un "bryggja", es decir un muelle de madera o desembarcadero ("brygge" en sueco, "Brygge" en danés y noruego modernos).

Pronto empezó a preocupar al primer Conde de Flandes, Balduino Brazo de Hierro, el interés que por diversas razones (negocios, saqueo, el gusto por la exploración, etc...) mostraban los vikingos por el Zwin y el "Bryggja". En el año 862 hizo levantar en aquellos lugares una fortaleza o "burg" para poder vigilar mejor a estos "turistas" amenazadores. Hay en la calle de "l'Ane Aveugle", a la izquierda de la Casa Consistorial, restos de charnelas de hierro procedentes de la puerta sur de la fortaleza (la que estaba frente al Zwin de la época, actualmente un simple canal).

En 958, el "Bryggja" se había convertido en un centro comercial importante y uno de los principales puertos de mar de Europa. Al correr de los tiempos, el nombre fue evolucionando, transformándose en Bruggia, Brugges, Brugges, Brueghe y Brugghe. En el siglo XVIII los flamencos adoptaron la denominación de Brugge, que sigue usándose. Para los franceses, los ingleses, los norteamericanos, los italianos y los por-



tugueses, la ciudad se llama Bruges. Los españoles la llaman Brujas. Los escandinavos, los alemanes y los húngaros prefieren la forma germánica de Brügge. En cuanto a los esperantistas, han optado por Brügo. ¿No se dice que un niño preferido tiene siempre varios nombres?

En 1089 se atribuyó a la ciudad la misión de capital administrativa de los poderosos Condes de Flandes. Hacia 1340, la población llegaba a unos 35.000 habitantes, lo que era una cifra considerable. Los mercaderes de Brujas comerciaban con todo el mundo conocido de aquella época. Afirman incluso los brujeses que se les debe a ellos la creación de la primera Bolsa de Comercio. El vocablo "Bourse" se derivaría del apellido de una familia del lugar, los Van der Beurze.

Por desgracia, el Zwin se llenó de arena a últimos de la Edad Media, con lo que Brujas se vio privada de su comunicación vital con el mar. El comercio internacional se desplazó entonces hacia el norte para fijarse en Amberes. Brujas quedó así reducida a un centro de intercambios locales. En el entretanto se habían descubierto nuevos mundos y se habían creado nuevas rutas comerciales. Si el Zwin no se hubiera llenado de arena, Brujas hubiese podido ser el centro comercial más importante del mundo!

Y sin embargo, a juzgar por los magníficos aguileones que decoran las calles del centro de la ciudad,

los negocios no iban tan mal. Mas para que se operara su verdadera resurrección y para volver a tener un papel de importancia en el comercio mundial, hubo de esperar Brujas al siglo en que vivimos, a la construcción del puerto de Zeebrugge y a la excavación del canal que la une de nuevo al Mar del Norte.

De la fortaleza que hizo levantar Balduino Brazo de Hierro sólo queda una parte de la antigua catedral de San Donaciano, construida en estilo carolingio hacia el año 900. La destruyeron los ejércitos revolucionarios franceses novecientos años después. Se ha empujado en los vestigios de la obra de albañilería primitiva una réplica en miniatura, esculpida en la piedra.

La Basílica de la Santa Sangre data de principios del siglo XII. La cripta, conocida también por iglesia inferior o capilla de San Basilio, conserva el rigor del estilo románico, mientras que la iglesia superior, transformada ulteriormente, presenta las seducciones del gótico flamenco. En la Basílica se conserva un frasco que contiene —según se dice— unas gotas de sangre de Cristo. De acuerdo con la tradición, la reliquia parece que la trajo de Jerusalén en 1150 un conde de Flandes, al volver de la segunda Cruzada.

Las fortificaciones levantadas frente al muelle fueron reemplazadas, entre 1362 y 1420 por una Casa Consistorial monumental de estilo gótico. Pasa por ser la más antigua del país, aunque otras localidades vecinas reivindican esa primacía. Al recorrer los pocos

Brujas

*magnífico porvenir
para su pasado*

centenares de metros que conducen a la Plaza Mayor o Plaza del Mercado, no puede dejarse de percibir la Casa del Preboste, antiguo Palacio Episcopal construido en 1662 en un estilo barroco suntuoso.

La Plaza del Mercado (el mercado, que funciona el sábado por la mañana, lo instituyó el Conde Balduino III) es por excelencia el lugar de encuentro de los brujeses. Domina la plaza la atalaya de ciento cuarenta metros de altura, que se yergue por encima de las antiguas lonjas de comerciantes. Terminada en los comienzos del siglo XIV, alberga uno de los más célebres carillones del mundo (cuarenta y siete campanas, que pesan en total veintisiete toneladas).

Un panorama espléndido recompensa a los turistas valerosos que no se han sentido desanimados ante los 366 peldaños que conducen a la cima de la torre. El Sindicato de Iniciativa está alojado en una de las lonjas. A la derecha de la atalaya, el Palacio del Gobierno constituye una magnífica muestra del estilo neogótico.

No bastaría una vida entera para visitar Brujas a fondo. Sin embargo, el centro está tan recogido que puede verse en uno o dos días una gran parte de él siempre y cuando el visitante no se entretenga en los museos y que antes no se dedique a explorar demasiadas las callejuelas laterales en donde se esconden los antiguos hospicios. Creados por burgueses opulentos para sus servidores, han sido acondicionados para casas de retiro destinadas a personas de edad o para cafés y tabernas que recuerdan los tiempos pasados.

Brujas no es sólo una ciudad cargada de historia, famosa por su arquitectura. Fue también, en el siglo XV, la ciudad predilecta de los pintores de la Escuela de Primitivos Flamencos que, de Jean Van Eyck a Hans Memling, vivieron en ella largos años. Muchas de sus obras se exponen en los ricos museos de la ciudad. Y para los escritores del mundo entero, novelistas, ensayistas y poetas, Brujas ha sido siempre un lugar de inspiración.

Hay museos y lugares que el visitante no ha de olvidar, aunque vaya con prisa. Citemos algunos de ellos: el Museo Memling se aloja en una sala desahogada del Hospital San Juan, sin duda el más antiguo hospital de Europa todavía en servicio. Conmemorará pronto sus ocho siglos de existencia. No lejos de allí se eleva la iglesia de Nuestra Señora, que posee la única "Pietà" de mármol de Miguel Ángel que puede verse fuera de Italia. En el otro extremo de la ciudad (no hay más que un paseo de veinte minutos) la iglesia de Jerusalén es —al parecer— una copia exacta del Santo Sepulcro de Jerusalén.

En 1930 se instaló en el Antiguo Beaterio, que data de 1245, un convento de benedictinos, que llevan el hábito del siglo XV. Está abierta al público una casita de beata, completamente amueblada. Su decoración sugestiva hace pensar en la vida serena de las beatas de antaño que eran, en su origen, las viudas de los caballeros que habían partido para las Cruzadas.

¿Cómo no decir unas palabras respecto a los canales que, como hemos dicho, han sido saneados? Los cisnes evolucionan en ellos con gracia, y las emociones que procura el tradicional paseo romántico en barco son inolvidables. Cuenta la leyenda que, en 1488, los habitantes de Brujas, en rebelión contra su duque, habían hecho cortar la cabeza de su consejero, Pieter Lanchals (ese nombre y apellido significa en antiguo flamenco "Pedro el Cuello Largo"). Las divergencias

se allanaron, pero, a guisa de penitencia, se condenó a los brujeses a poblar los canales, hasta el final de los tiempos, con esos animales "de cuello largo".

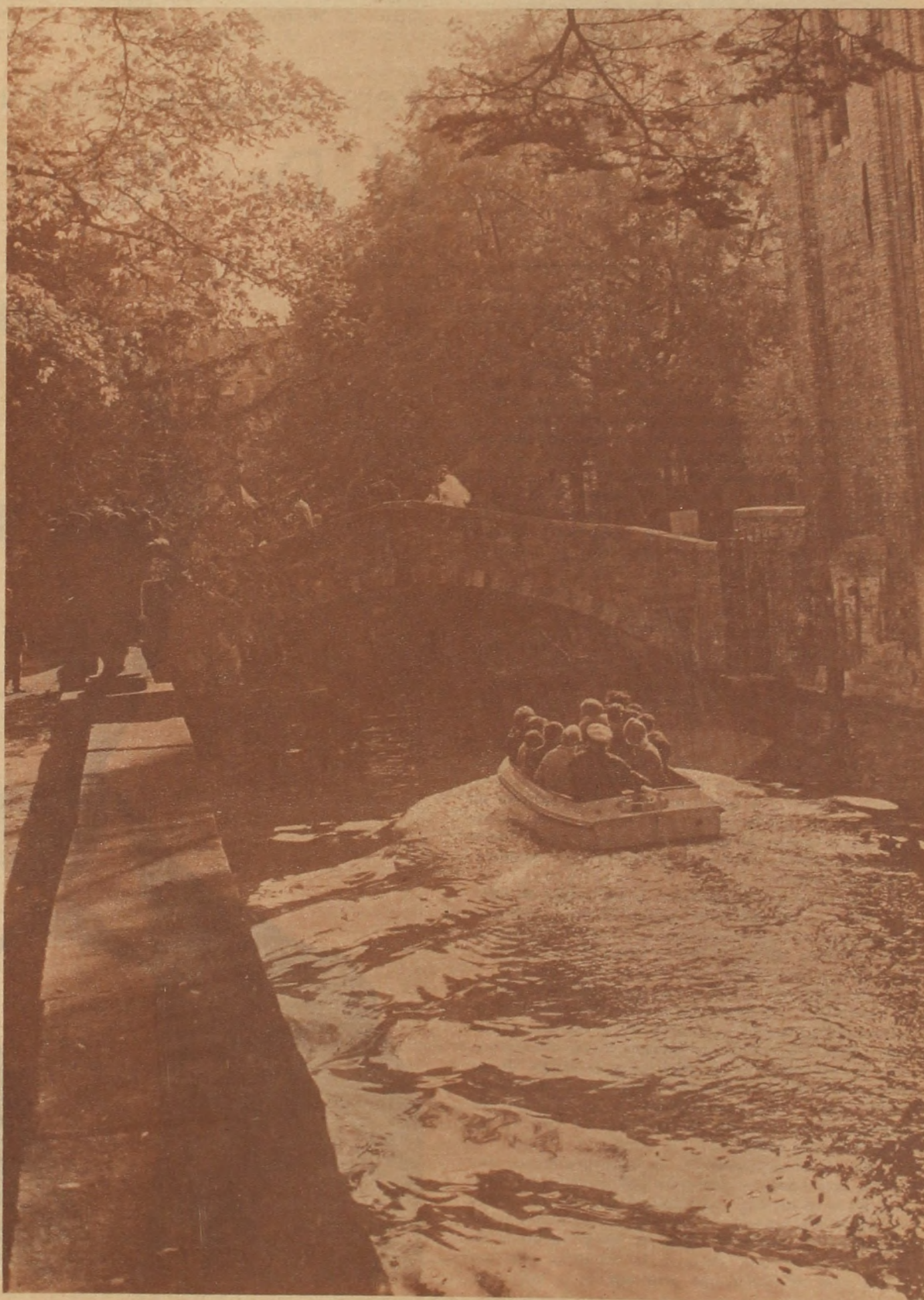
Para muchos, Brujas es también la capital del encaje que, desde hace ya cuatro siglos, los viajeros tienen por costumbre comprar como recuerdo de su paso por la ciudad. La tradición de esta artesanía se ha perpetuado, ya que a pocos pasos de la iglesia de Jerusalén una escuela sigue enseñando las técnicas del encaje de bolillo.

La sola ambición que se persigue con estas páginas es de recordar el carácter de Brujas, que ve su alma expuesta cada vez más a las agitaciones violentas de la época que vivimos. ¡Qué las investigaciones de los especialistas encargados de descubrir los medios de conjurar los peligros que acechan a las ciudades modernas, desemboquen rápidamente en resultados concretos! El hombre de hoy día se percata de la necesidad de velar por la calidad de la vida: entre sus preocupaciones esenciales debe existir el desvelo y la inquietud por salvaguardar la herencia irremplazable del pasado.

Jan SJÖBY

(Exclusivo para EL DIA)

(Cortesía de la Embajada de Bélgica)



LA piqueta redujo a polvo las casonas fundacionales del pueblo, que habitaron los Murúa, los Lorient, los Margat, los Raiz...

Pero respetó los venerables ladrillos de los Pedralbes. Y allí está, en la calle Edison casi Marconi, con su siglo a cuestas, su altílo y el ombú, el aljibe y el palomar y su carga de historia y de leyenda, esa reliquia edilicia de estilo colonial, de una sola planta, en forma de martillo, con rejas a la usanza de la época y muros coronados de almenas.

Allí está la azotea solariega de los Pedralbes.

Del área antigua al área actual va un mundo. Antaño estaba sola, en la agreste soledad de la chacra, empuñada señora del lugar, con su orquesta de grillos, su aureola de apellidos, ilustres y la opulencia de sus cosechas. Pero un día, con el andar del tiempo, comenzaron a funcionar el protocolo del escribano y la pinza del alambrador... Y de la noche a la mañana se vio rodeada de construcciones modernas. Ganó en vecindades, pero perdió muchas cosas. Y, entre ellas, además de gran parte de las tierras, el ambiente de intimidad, el cencerro de la lechera y el mugido de los bueyes, el diálogo del viento con los maizales y los eucaliptos... y el boniatil, y el tomaterío color churrinche... y aquel monte de exquisitos damascos, que surtió a nuestra infancia de los codiciados carozos para la payanita, en tiempos en que el último arrendatario fue Don Domingo Dotta.

La chacra había pertenecido al principio a Don José Fernández Medina (a) "El Palmero", quien la obtuvo en 1730, en el reparto de tierras efectuado por el Capitán español Don Pedro Millán; luego, por escritura del 5 de setiembre de 1758, fue adquirida por la señora María Francisca Alzáibar de Viana; la sucesión de ésta la transfirió, por escritura del 21 de abril de 1807, a Don Andrés Vázquez; de los herederos de éste pasó a manos de Don Joaquín Pedralbes, por escritura del 29 de marzo de 1835, heredándola, a su hora, uno de sus hijos, el Dr. Adolfo Pedralbes, según partición de bienes practicada en el Juzgado Departamental, aprobada por auto del 23 de diciembre de 1876. De esa época, lustro más, lustro menos, data la construcción del edificio.

El Dr. Adolfo Pedralbes nació en la Ciudad Vieja, dentro de muros, el 29 de octubre de 1827, tres años antes de la Jura de la Constitución. Tal vez, llevado de la mano de sus mayores, habrá participado, en la plaza pública, del júbilo popular con que se celebraba el magno acontecimiento patrio.

Su bautismo está registrado el día 11 de noviembre de 1827, a fojas 197 del Libro N° 18 de la Catedral Metropolitana, con los siguientes nombres:

Adolfo Narciso Vendrell de Pedralbes y Lletjos, hijo de Joaquín Vendrell de Pedralbes y Lletjos y Gertrudis Capua y Vallet.

Los documentos dicen, pues, que no nació en Peñarol, pero ello no nos quita el derecho a otorgarle al Dr. Adolfo Pedralbes la ciudadanía de honor de nuestro lar, porque —al igual que otros dos eminentes compatriotas, el ingeniero Víctor B. Sudriera y el doctor Elías Regules— tenía posesiones en la zona y solía pasar temporadas de descanso en ellas, sobre todo en verano.

Y tampoco nos quita el derecho, menos aún, a reivindicar del olvido el nombre glorioso del Dr. Adolfo Pedralbes —uno de los próceres civiles de más acrisolado rango— y a rendir a sus excelsas virtudes un homenaje de pública reverencia, ínfimo, si se quiere, para la memoria de quien, más que el eco efímero de las palabras, merece la perdurabilidad consagratória del bronce.

Lo vimos por primera vez a comienzos de siglo, en Peñarol, cuando —de túnica blanca nosotros— compartíamos el aula escolar de "la Señorita María" con sus nietas María Carolina y María Rosa Pedralbes, de nueve y siete años, respectivamente.

Pequeño de estatura, más pequeño aún porque el peso de sus ochenta años sobre los hombros le arqueaba la espalda y le obligaba a caminar encorvado. Mas ese detalle de mengua física desaparecía ante el esplendor de su espíritu y la magia de su donaire caballeresco. Especialmente por la impecable levita negra y la galera alta —vestía siempre de rigurosa etiqueta— que acentuaban sus perfiles hidalgos de gran señor.

De aquel circunstancial contacto guardamos uno de los más amables recuerdos de nuestra infancia, porque su bonhomía patriarcal y su don de gentes nos ganaron el corazón. Y, además, porque nunca, hasta ese momento, nos había dado la mano un señor de levita y galera, que, ahora, a la distancia, más nos parece cosa de ficción que personaje de la vida real.

¡Qué lejos estábamos entonces, en nuestro candor de niños, de imaginar que el seráfico bisabuelo que nos honraba con su saludo, era una de las más encumbradas personalidades en la historia cultural, social y política de la República, decano de los abogados de Montevideo, primer diplomado en esa carrera (matrícula N° 1) en la Universidad Mayor, como se le llamaba entonces a nuestro primer centro de estudios superiores.

Después, muchos años después, supimos todo. Incluso que su hermano Ignacio, Ignacio Pedralbes —otro compatriota de pujante mentalidad— fue un ingeniero de campanillas, graduado en Francia en 1860, y de cuya vigorosa capacidad creadora queda el testimonio secular de tres obras monumentales, una sola de las cuales bastaría para colmar el curriculum de un profesional de esa rama, por ambicioso que fuere. Son ellas: la Iglesia de Nuestra Señora de Lourdes, en Paysandú y Ciudadela, inspirada en el barroquismo religioso francés del siglo XVII; la casa del comerciante Don Francisco Gómez, en la esquina de 25 de Mayo y Juan Carlos Gómez, de estilo gótico, adquirida el 19 de setiembre de 1888 por la Junta Económico-Administrativa de la época, en la suma de ochenta y cinco mil pesos (sede hoy de la Junta de Vecinos de Montevideo); y la casa quinta del poeta Aurelio Berro, en Agraciada y 19 de Abril, también

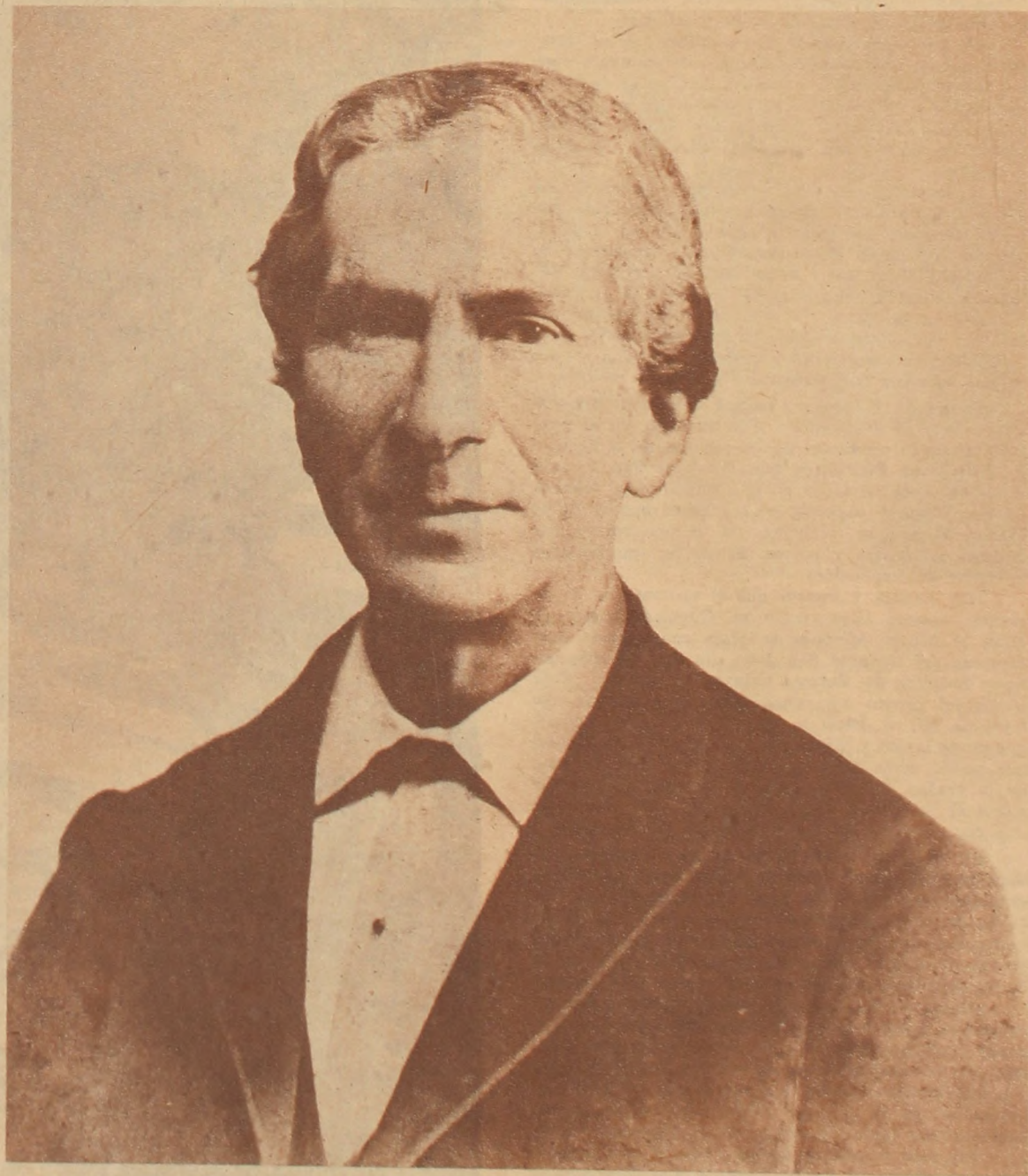
de estilo gótico, que, a poco de construida, pasó al dominio de la Embajada Argentina. Por ese principesco palacio desfilaron ilustres representantes diplomáticos de la nación hermana, uno de los cuales, el Dr. Alfredo Palacios, en la década del 50, cuando ejercía la investidura de Embajador, hizo colocar en la vivienda del quintero, situada a los fondos, una placa de bronce con la siguiente leyenda: "En esta casa nació el insigne escultor uruguayo José Belloni."

Uno y otro, los dos hermanos Pedralbes, fueron dos firmes puntales del progreso de la República. Y si la trayectoria del ingeniero Ignacio Pedralbes fue de magníficos relieves, la del Dr. Adolfo Pedralbes reclama sitio de honor, principalísimo, entre los beneméritos servidores de la Patria, de primera línea.

Maestro en Derecho, Catedrático de Matemáticas —recordado cariñosamente por su discípulo en esa materia, Dr. Pedro Figari, nuestro eximio pintor—; Catedrático de Procedimientos Judiciales, Vicepresidente de la Academia de Jurisprudencia; Miembro del Consejo Universitario y luego Miembro Honorífico del mismo; Representante por el Departamento de Montevideo en distintas Legislaturas; Fiscal Especial de Gobierno; Fiscal Especial de Hacienda; Conjuez en el Tribunal de Apelaciones, designado por la Alta Corte; Defensor de Pobres en lo Criminal; Miembro del Instituto de Instrucción Pública; Regulador para la Ma-

Personajes de mi pueblo

El Dr. Adolfo Pedralbes



tería Comercial y Criminal; Miembro de Tribunales Examinadores sobre: Derecho (1857-58); Física, Matemáticas y Literatura (1858); Latinidad (1860); Química y Matemáticas (1868); Derechos de Gentes (1868); Exámenes Generales de Jurisprudencia (1870); Economía Política (1870); Preparatorios de Matemáticas (1871); Procedimientos Judiciales (1871-1879); Derecho Canónico (1873); Derecho Comercial (1885 y 1905); Contabilidad (1903); Contabilidad, Teneduría de Libros y Cálculo Mercantil (1907); etc. Ante su Mesa Examinadora desfilaron prominentes universitarios, pudiendo citarse, a título ilustrativo, los nombres de los doctores José E. Ellauri, Eugenio Garzón y Martín C. Martínez, entre la numerosa falange de profesionales que llevaron el diploma con su firma. Fue Miembro de Comisiones para entender en trascendentes asuntos públicos, como ser: Dictaminar sobre el nuevo sistema monetario de la República (Nov. 1862); Revisar, en su carácter de Fiscal Especial de Hacienda y Presidente de la Comisión Mixta Oriental-Anglo-Francesa, los expedientes de reclamaciones por perjuicios de guerra, conjuntamente con los Comisarios uruguayos, franceses e ingleses (1862); Proyectar las leyes para la creación de la Alta Corte de Justicia (1881); Componer el Consejo Jurídico del Colegio de Abogados, conjuntamente con los Doctores Carlos María de Pena, José Pedro Ramírez, Martín Berinduague, Ildefonso García Lagos, Alfredo Vázquez Acevedo, Domingo Aramburú, José María Muñoz, Gonzalo Ramírez, Aureliano Rodríguez Larreta y Pablo De María.

Como Maestro en Derecho puede afirmarse que cionó su magisterio al principio latino de "Jus est ars boni et aequi" (El derecho es el arte de lo bueno y de lo justo).

Pero, aparte de tan descolantes títulos en el orden intelectual, docente y político, la figura consular del Dr. Adolfo Pedralbes se complementaba con una línea ética invulnerable y un sentido trascendente de respeto a la dignidad humana.

Cuando falleció, el 31 de julio de 1921, a los noventa y cuatro años de edad, la prensa le despidió con emotivos conceptos.

"Reliquia de los pasados tiempos en que se rendía culto a la gentileza" e "idealista batallador", le llamó EL DIA. Y agregaba: "Un rasgo que, por sí lo pone de relieve este último carácter de su compleja personalidad, es que, durante los momentos en que nuestra Universidad atravesaba por una de las situaciones económicas más difíciles, él fue quien puso a disposición de nuestro primer centro de cultura sus haberes, comprometiéndose, en común con otro ciudadano de no menos altas virtudes morales, a costear los gastos que exigiera el mantenimiento de la vida universitaria".

"EL Siglo", a su vez, concretaba su pensamiento en los siguientes términos:

"Era de larga fama, la precisión del Dr. Pedralbes para aplicar inmediatamente de hacérsele una consulta, una ley con todas sus consecuencias. En sus escritos, regidos por las antiguas formas, siempre prevaleció su acentrada caballería, que fue el más bello atributo de su personalidad; jamás para condenar un acto, recurrió a palabras hirientes o a frases que encerraran un doble sentido."

"Se va, pues, con el venerable abogado, el decano de los juriconsultos del Uruguay, toda una bella tradición, pródiga en sabias enseñanzas para las edades futuras y para las de ahora, y todo un conjunto de recuerdos edificantes de aquellos días lejanos, en que el Dr. Pedralbes aparece como un gentil hombre de aquellos que en el sentir, en el pensar y en el decir, fueron intachables."

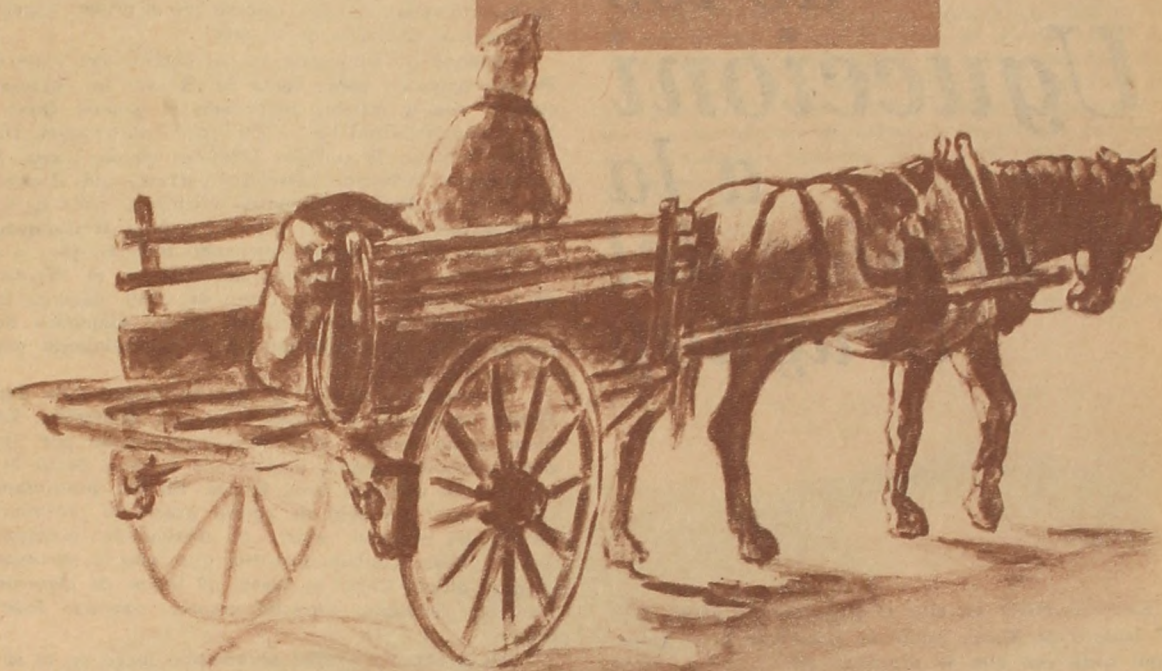
Todo eso era aquel adorable viejecito de espalda encorvada, levita negra y galera alta, que, a comienzos de siglo, en nuestro pueblo natal, conmovió profundamente nuestra sensibilidad de niños, con su vocetera octogenaria y el cortés apretón de manos, que dejó un imborrable recuerdo de seda en la palma de la nuestra... ¡Y pensar que en el nomenclátor de Montevideo no hay una calle con el nombre del Dr. Adolfo Pedralbes!

(Especial para EL DIA). Emilio Carlos TACCONI

FUENTES:

- Archivo del Ing. Adolfo Cardoso Pedralbes y su esposa Sra. Lily Delgado Brum de Cardoso Pedralbes.
- Archivo del investigador Camilo Mosquera Trigo.
- Ideas y formas de la Arquitectura Nacional del Arq. Aurelio Luchini.
- EL DIA, 31 de julio de 1921.
- "El Siglo", 2 de agosto de 1921.
- "La Prensa", de Minos, 6 de agosto de 1921.

mi carrito



DESPUES de mucho andar, Serafin Pedraja pudo tener su carro propio. Acarició la idea de tenerlo desde muy guri; seguía los carros de los lecheros que iban al pueblo; se extasiaba ante un carretillero que llevaba arena desde la costa del río; esperaba para ver pasar el carro de su vecino Cantalicio, cargado de leña o de paja; hasta soñaba con un carrito que vio en una noche de carnaval en el pueblo, con dos ruedas tupidas de serpentinas. El único que no le gustaba era el carro fúnebre. "A ese sí, siempre le tuve miedo o un yo no sé qué".

"Lo que se ha dicho es verdad. Miren que yo he andado por caminos... es algo que si yo lo cuento naide me lo va a creer, pero mismamente lo cuento, por si alguno cree en mí: he perdido muchas ocasiones y pa mi gusto, de bobeta, nomás. Desde guri, desde muy gurisito, soñé con tener un carro. Pa mí era como una defensa o un orgullo. En una ocasión... sí, hace ya bastante tiempo... pucha si hace tiempo!!!, había guardao unos pesos, pocones ellos, pero eran unos cuantos, en una lata de sarnifugo; la tenía bien guardada, escondida entre unos varejones; allí estaba mi carro o por lo menos el principio de mi carro... bah!!! mi sueño... y... debe ser lindo comprar un sueño; güeno, después de una esquila, fui a poner unos riales más y ¿de dónde lata?, ni rastros d'ella. Eran trece esquiladores!!!

En una ocasión, me acuerdo patente, fui al pueblo y me pasé no sé cuanto rato al herrero don Marcelino. Me oferté pa darle fuelle a la fragua y mientras el marrón le sacaba estrellas al fierro arriba del yunque, me rodiaba de chispas, como bichos de luz y yo me sentí feliz... ¿saben porqué?... porque don Marcelino estaba haciendo unas llantas para un carro. Y seguía, contento y con algo de envidia, dándole al fuelle de la fragua... Después... en mi ranchito pobre... solo empañado en mi soledad, mientras el sueño arisquiaba en llegar, yo seguía pensando en tener un carro, en la fragua, en las chispas, en las llantas, en la lata de sarnifugo, en las esperanzas que se van como chispas, como bichitos de luz... y por fin, allá, desde el fondo de no sé qué rincón, el sueño me tapaba la boca...

Al otro día, y al otro día, y al otro, seguía con lo mismo; trabajaba, siempre a pie o en mi lobunito, tan aburrido como yo de andar y de andar... Yo que sé!!! Era mi ambición de muchachón que nunca había teni-

do nada y que ansiaba dos ruedas con llantas que hicieran ruido, que llamaran la atención, que fuera la envidia de muchos y la codicia de alguna paisanita del pago. Un carro pa mí, era un carro. Soñaba. Mi fantasía andaba colando. Hacía planes. Gurisas pal baile. Muchachitos pa la escuela; patronos pa las casas; paloma pa mi rancho. Volaba... volaba y me daba cada porrazo!!! Y volvía a andar. Nunca lo pude conseguir. Hasta parecía que mi lobuno se quería reír de mí y más de una vez... pobre bicho!!!, lo corté a lagartazos... de rabia, nomás... Un carro!!! Lo que hubiese sido pa mí!!!, pero...

Hoy lo tengo. ¿Qué hago con él? Nada. Nadita. Lo que hacemos todos. Trabajo. Cincho. Lo limpio. Y no me fijo si las llantas suenan y... además... qué va a llamar la atención un carro!!! ¿Estoy en lo cierto o no?... Mi carro!!! El carro de mis sueños!!! Pobre de mí!!!

Angel María LUNA

(Especial para EL DIA)

Ilustró: Sei-Fong



Contribución de los Uguccioni a la música del Uruguay

LEVANTANDO en alto el sombrero de copa, Don Isidoro de María rindió su homenaje a los Uguccioni cada vez que se cruzaban por la calle. "Uds. me acompañan siempre", les decía, refiriéndose a su permanencia en las viejas crónicas. De consuno significaba largos tramos filarmónicos que sólo debía superar en nuestro medio la familia Sambucetti.

El concepto del anciano historiador refrendó así una sólida consagración hecha de críticas universales, conciertos memorables y una docencia que sumó ocho lustros. Sin embargo, los ciegos ojos del acaso apenas brindaron magro pan, como que la gloria se paga a duro precio.

Estirpe muy corta, apenas la integraban José Uguccioni (1801-1887) nacido en Roma, su esposa Josefa Monrás, catalana, y dos vástagos José y Alejandro oriundos de Barcelona.

El "Romano", nombre preferido por las dificultades del apellido, fue concertista de piano y violín a pesar suyo. Habiendo muerto el autor de sus días, abandonó las aulas médicas para ganarse la vida al frente de una orquesta. Trocado en virtuoso, sentó reales en la Ciudad Condal, donde contrajo nupcias y tuvo posteridad.

Desde muy niños sus vástagos mostraron raras aptitudes musicales. Alejandro el menor, resultó en el correr del tiempo una verdadera revelación. A la increíble edad de tres años, leía música pulsando el arco con rara firmeza. Apoyándolos, su progenitor no escatimó medios para darles los mejores maestros mientras él desarrollaba buenas temporadas en el Teatro Liceo de Barcelona.

En 1845 buscando mejor fortuna, toda la familia pasó al Brasil presentándose con éxito en la capital del Imperio. Según el "Jornal do Comercio", diario carioca, la lógica expectativa fue desbordada, causando sensación el arte de los pequeños en los teatros de "San Pedro" y "San Francisco". Más explícita, la prensa bahiana centró los encomios destacando las dotes de Alejandro: "Sería increíble —manifestó— si no se asistiera a esos éxitos, ver a una criatura de seis años ejecutar bellísimas variaciones de Sonámbula, Cavatinas, Duos, es ciertamente un prodigio. El mayor (José) ya es un inspirado artista y ambos en breve plazo alcanzarán un renombre envidiable."

El general Tomás Guido, ministro argentino ante la Corte fluminense y asiduo amigo de los artistas, propició su presentación en el Plata interponiendo los mejores oficios. Factores ajenos sin embargo, concitaron el viaje a Montevideo, donde el trío actuó el 30 de setiembre de 1846 en el viejo "Teatro de Comedias". Presentes en plena Guerra Grande, esto no fue óbice para brindarles el mejor recibimiento en la ciudad sitiada. "El Comercio del Plata" publicó un juicio definitivo, destacando los tercetos

concertantes, un vals de Strauss y hasta una polka en si bemol donde Alejandro llevaba el canto acompañado por su padre. El niño precoz actuó como violín primero, su hermano 2º y el progenitor en calidad de tercera cuerda.

Ratificando sus conceptos proseguía el suelto: "En una de esas piezas llegó (Alejandro) con su manecita hasta las notas más altas en el instrumento haciendo sonar con pureza hasta el sol sobreagudo sin interrumpir la melodía, sin faltar un instante a la inflexible exigencia del compás. Es preciso creer —añadió— para no llevar el chasco del vendedor de instrumentos que le dijo: "Si tocas en este violín te lo regalo. La contestación fue muy sencilla: Pulsó el arco, apoyó el instrumento bajo su barba y después de hacerlo sonar, se fue a su casa con el primer triunfo y el primer provecho de su arte".

Aunque no subyugase la perspectiva del viaje a Buenos Aires en plena égida de Rosas, fue preciso cumplir con la palabra empeñada al general Guido. La estada principió bajo signos poco auspiciosos. Un comisario lleno de cintajos federales no dio uelga a los músicos, debiendo vérselas Uguccioni con el propio Jefe de Policía, Bernardo Victorica, para quien trajo carta expresa. Este ni corto ni flojo, le franqueó su propio chaleco punzó, quedando todo en paz.

Conforme lo anunciado actuaron en el "Teatro de la Victoria" el 12 de mayo de 1849, dándose la primera función a beneficio del precoz Alejandro. Se reprodujeron renovados plácemes, especialmente por un dúo concertante.

El concierto debió repetirse en Palermo de San Benito residencia de Rosas y su hija Manuelita. En pleno sarao federal, Alejandro acompañado por un notable pianista inglés, maestro de la casa, debió bismar algunos estudios nada fáciles. En los pródromos del "ataque" no dejó de causar gracia la recomendación del pequeño artista al distinguido acompañante: ¡Tenga cuidado maestro, dijo, que la partitura es muy difícil! Como es lógico, el toque de atención fue muy celebrado entre el granado concurso federal.

Un programa similar se cumplió luego en la segunda gira brasileña, extendida desde Porto Alegre hasta Maranhos. "O Progreso" hoja de esta ciudad tributó "a estos dos genios nacientes", cálidos sentimientos de admiración y entusiasmo (16 de marzo de 1850).

La progresión de los estudios obligaría el retorno a Europa. En Lisboa, Alejandro recibió secciones del célebre violinista Santiago Massoni, del Real Conservatorio portugués, —discípulo de Paganini y Massini— ya conocido además en el Plata donde dio conciertos en 1821. Dice del aprovechamiento del alumno, la significativa circunstancia que teniendo sólo siete años ofreció dos conciertos con orquesta en el Teatro Lisboeta de "San Carlos" ante la presencia de los reyes. En aquella memorable ocasión cumplió funciones de concertino y solista, cargo que desempeñaba en la Capilla Real. Cometidos similares marcaron su paso en Coimbra y Oporto.

Una gira por Estados Unidos erizada de tropiezos por el idioma le permitieron sin embargo, tomar lecciones con Ardit, compositor y ejecutante de primera magnitud. Cotejó allí incluso la técnica del contrabajista Battesini y los verdaderos artilugios técnicos del pianista español Davernini.

Poco tiempo después regresaban al Brasil. Seguir el largo itinerario de ocho años es poco menos que imposible. Bajo un clima tórrido, por caminos inhóspitos atravesaron la gran nación en todas sus latitudes. Viajeros impenitentes, no mezquinarian cuanto medio de transporte entre páramos, selvas, y desierto.

Peligrando la vida al atravesar cauces tropicales bajo un diluvio, el capitán viejo lobo de mar, los consolaba diciéndoles que aquel aguacero no daba ni para mojar gallinas...

El episodio más saliente de esta etapa constituyó la presencia de Alejandro Uguccioni en el "Theatro Gymnasio Dramatico do Rio", donde el 20 de mayo de 1856 fue honrado con la presencia de los Reyes del Brasil.

Finalmente, el curriculum oriental, más a nuestro propósito, comienza en febrero del 58, fecha del retorno vía Río Grande, hasta la muerte de José Uguccioni, última figura de aquella gloriosa estirpe, fallecido el 21 de agosto de 1905.

Sólo el contexto de un libro pudiera explicitarnos la dilatada tarea familiar a través de las múltiples facetas del arte musical. En su decurso, la creciente personalidad de Alejandro los eclipsa por su magnitud universal.

Una breve presentación en el primitivo "Teatro Colón" de Buenos Aires constituyó el más brillante pronóstico realizado en breve plazo.



Alejandro Uguccioni

Los Uguccioni cumplen en el país labor harto ponderable. Durante casi treinta años el progenitor encabeza la nómina de violinistas del "Teatro Solís" que sólo abandona en 1887 por razones de edad. Maestro en la cabal acepción del vocablo, desfila por su conservatorio lo más representativo de una época. Su hijo José dirige orquestas de renombre sin desdenar la composición, prodigándose en melodías, romanzas, nocturnos, polkas, vales, mazurkas y canciones editadas por Ricordi en Italia, Wiegand, Arguimbau, Esteve, Lucca y Godel de Montevideo, no faltando impresiones porteñas. Suman en total 35 títulos.

Reducido a los contornos del país, la ejecutoria de Alejandro Uguccioni es impresionante. Concertino irremplazable de los Teatros San Felipe y Solís, rebasa las posibilidades locales durante treinta y tres años.

En 1878 fundó el primer conjunto musical de cámara, acompañándole Pedro Martí, Luis Sambucetti (padre), Domingo Debrus y Enrique Engelbrecht. Todavía en horas de solaz escribe las composiciones "Une Nuit a Cadix", "Una lágrima", "Marcha Fúnebre", y numerosos arreglos para orquesta.

Dado a la ciencia de los viejos laudistas, conoció a fondo el arte de las maderas, aplicándose en la búsqueda de registros. La propiedad tonal lo llevaría al cotejo selectivo de violines, llegando a poseer catorce, toda su vida, toda su riqueza. Al asimilarse el espíritu de las obras maestras, trató de reconstruir las coloraturas originales con estrictez y elegancia. Este purismo insoslayable y respetuoso no obstaba sin embargo el abordaje de su antítesis, las variaciones —tan en boga entonces, y tan predilectas del gran público.

Sus violines tuvieron un rol preciso. Para las partituras tradicionales exigió las voces del "vieux violon français" (textual), instrumento paterno. Artesanía de Le Marquis (siglo XVIII), fue restaurado en Oporto el año 49 por Fonseca. Las apoyaturas de gran concierto las ejecutó el Guarnerius. Un Amedeo Guarnerius de 1677, pieza de involucro universal. Para los grandes saraos del "Club Uruguay", del "Teatro Solís" y las embajadas, le sirvieron con un par de Jean B. Villaume, luthier parisino del Segundo y Tercer Imperio.

Bajo el iris de las arañas rutilantes, mientras la

mano femenina enguantada de raso brindada al champagne en la flauta de Baccarat, se repetían los ¡bravo! al virtuoso, y las infaltables felicitaciones de las autoridades de la República, embajadores y la flor del gran mundo social.

Hijo de su época, no pudo como se expresó, escapar al imperio de las variaciones musicales. Desde la niñez acometía las de "Norma", "El Pirata" y "Don Pascual", por no citar las más conocidas. Intimo amigo del pianista norteamericano Luis Gottschalk llegado a Montevideo en 1867, fue primer violín del más crecido conjunto orquestal visto hasta entonces. Llevada a regímenes pinaculares, las variaciones sinfónicas fijaban con Uguccioni rasgos indelebiles. Artista máximo en su cuerda, hizo de la más difícil partitura, objeto de acrobacias inauditas. Sin sacrificar ritmo y melodía, sustituyó dos saltos de arco por cuatro, "ensañándose" en multiplicar las dificultades vencidas con una prodigiosa elegancia. Nadie, antes ni después, manejó aquí el arco con tanta maestría. Lauro Ayestarán lo nominó figura consular. Josué White, violinista cubano y profesor del Conservatorio de París, aquilató sus valores asimilándolo a las glorias mundiales. En 1922 a más de un cuarto de siglo de su muerte, el juicio póstumo vertido ante el profesor Luis Sambucetti era definitivo: ¡"Demasiado violín para Montevideo"! Sobreentendía la pequeñez del medio, para méritos excepcionales.

Retenido por el afecto de sus ancianos padres, el proyectado viajar se hizo nunca. Desde largo tiempo

po atrás tenía su puesto fijo en el Solís. Primer concertino, viniese quien fuera, las orquestas contratadas, tácitamente le concedían el puesto. Empeñado en la cátedra además, olvidó las altas remuneraciones de las giras, para vivir una hidalga pobreza, fluctuante siempre por el número de alumnos, juventud más propensa a la música como adorno, que a su verdadero espíritu.

Por contrato dirigía el "Te-Deum" tradicional de cada 25 de Agosto en la Matriz, función que atraía la concurrencia de los más indiferentes. El milagro radicó en los solos y las inauditas paráfrasis. Alguien creyó entrever el genio de Paganini, diabólico enseñante de su maestro...

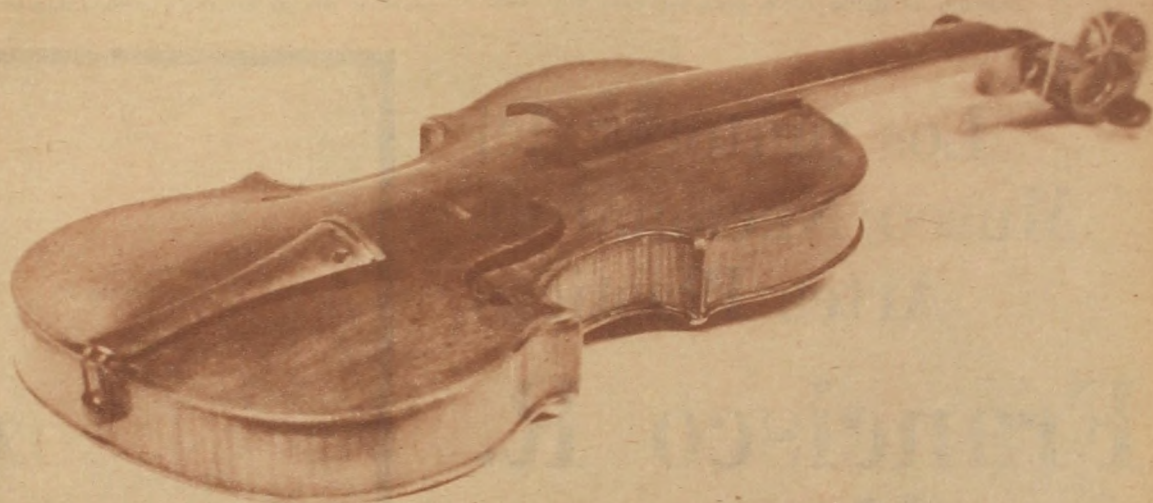
En plena madurez, tenía 54 años, una hemorragia cerebral lo inmovilizó en la calle. Los doctores Giribaldi, Fonseca y otros se prodigaron inútilmente sin que cediera el mal. Falleció el 24 de abril de 1895, realizando sus exequias las principales sociedades musicales, la Banda de Música del Batallón 3º de Cazadores y la de Artillería. Seis troncos negros de raza percherona, envueltos en gualdrapas fúnebres y los infaltables maceros abrieron el cortejo luctuoso, mientras se ejecutaba la propia "Marcha Fúnebre" del extinto. En los años sucesivos cada aniversario fue motivo para congregarse a las entidades filarmónicas, pero el tiempo poderoso, más fuerte que los hombres todo lo desliza. Hasta el piadoso olvido...

Augusto I SCHULKIN

(Especial para EL DIA)



José Uguccioni (h)



Violín "A. Guarnerius" de Alejandro Uguccioni, luce la fecha de 1677



Fotografía tomada en la azotea del Teatro Solís (1877). Entre los integrantes de la orquesta figura Alejandro Uguccioni

Los pintores del Museo Nacional de Artes Plásticas Francisco R. Bauzer

dios de dibujo y como discípulo del pintor nacional Carlos María Herrera, inició su aprendizaje en el campo de la pintura. Paralelamente, frecuentó el taller del pintor florentino Alphenore Gobbi (más conocido por Goby). En 1910, cursó estudios en Buenos Aires bajo la dirección de los artistas argentinos Sívori y Ripamonti. Figuró en diversos salones de Arte, en ambos lados del Plata; así, concurrió con sus obras al Salón Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires, en los años 1911 al 1927. Algunas de las obras que poseen Galerías Oficiales de arte de la Provincia de Buenos Aires, son las adquiridas en esos salones. Figuró también en los Salones Provinciales de Bellas Artes de Córdoba, en 1916; de Rosario de Santa Fe, en 1917-18 y 1929; de Bellas Artes de la Provincia de Buenos Aires, en 1923; de Bellas Artes de La Plata, en 1925; en Montevideo, concurrió a diversos certámenes artísticos oficiales, como Salón de la Primavera, en 1925; al Salón Nacional de Bellas Artes, en los años 1939-42. Asimismo realizó diversas exposiciones en salones particulares, entre los años 1920 y 1938. Se dedicó a las tareas docentes, siendo profesor de la Enseñanza Secundaria y en la Universidad del Trabajo (1).

Su producción comprende diversos géneros y es extensa.

Dibujó, pintó paisajes y retratos al óleo, ensayó con éxito el pastel y fue acuarelista.

En todas estas manifestaciones, desde los primeros esbozos, deja traslucir al pintor serio que vendría con los años.

En el período de aprendizaje, su dúctil espíritu captó las enseñanzas, y bien dotado intelectualmente, entendió que debía perfeccionarse siempre; así lo hace: completa su conocimiento con la observación directa, personal, de los motivos y de las escenas que más tarde ha de llevar al lienzo, y con el estudio de la obra de los más calificados cultores del arte plástico, de éste, podríamos decir, casi privilegiado suelo de artistas. En este derrotero, formó su bagaje artístico.

Serio en su vida; serio en su obra, se dio a ella por entero, presentándose al público después de varios años de estar familiarizado con su arte y tener conciencia de sus posibilidades creadoras. No eran grandes obras todavía, pero todas ellas índices de la facilidad de ejecución y demostración firme del real aprovechamiento de sus estudios.

Se le consideró entonces como un artista de significación y mérito.

Luego de esta etapa, continuó trabajando en la paz hogareña, que tanto influyó en la formación de su temperamento.

No habló de arte; produjo casi constantemente, alternando esa tarea con la de la Cátedra, a la que enalteció con su destacada calidad docente.

Su labor de paisajista es rica y variada, ofreciendo, aún dentro de temas de características semejantes, como en "Ranchos de Malvin" y "Rancherías La Paz", expuestos en 1936, tan distintas y amplias perspectivas. "La Chacra" expuesto en esa misma época, es un fiel exponente del criterio expresado.

Para realizar sus paisajes, dejó el taller que limitaba su horizonte y se convirtió en un pintor de una luz en su más delicada pureza. Cada mañana se puso en contacto con el paisaje campestre —fuente de emoción que lo lleva a convertirlo en un fiel intérprete—, logrando destacarse por el vigor de sus producciones. Llegó a ser un valor firme y honrado, porque fue sincero. Amó los árboles, como en "Arboleda" presentado al Primer Salón de Bellas Artes de Buenos Aires, 1911; (hoy figura en el Museo de Bellas Artes de aquel país), como en "Del Bosque", que presentó al III Salón Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires en 1913; amó el sol de mediodía, como en "Patio Cillo". Curtió su rostro, con la salina brisa, el agua y sol de nuestras costas, surgiendo así sus variadas cenas con aquellos motivos, entre los que destaca "Fajado de Punta Gorda" (Premio III Salón Nacional de Bellas Artes de Montevideo, 1939); a pleno sol, bañados por el agua azul, del azul inconfundible de nuestro cielo.



"Siempre contigo morena". Oleo de F. E. Bauzer

Surgieron de su paleta, en una pintura suave y delicada, sus paisajes de follajes nutridos, como en "Del Parque" (Salón Nacional de Montevideo, 1941) y en el "Panneaux Decorativo" que adornó el interior de su residencia particular; en ambos, hermosas franjas de luz de radiante sol, iluminan el paisaje que se esfuma en una infinita gama de verdes de abril; sus paisajes de invierno, el reflejo de las lagunas, la transparencia de la atmósfera que los envuelve, como en "Pradera Argentina" y como Sisley, el gran impresionista francés, sintió el orgullo de vencer a la naturaleza en la controversia diaria que con ella mantuvo, en la secreta esperanza —conquistada— de ver detenida en el lienzo esa indestructible, eterna, solemne y fugaz belleza de las cosas eternas.

Incursionó también el campo de la acuarela y el pastel, produciendo, como en la pintura al óleo, diversas obras de variados temas, en los que, con breves trazos y justos tonos, indicó los planos fundamentales del modelo, como en la serie de acuarelas y pasteles expuestos en 1936.

En el difícil manejo del pastel, que exige una delicadeza de espíritu, —que Bauzer poseía— fue realizando, principalmente retratos; muestras de calidad sobresaliente, resucitando en nuestro medio, la plástica de aquel complejo arte, que a tan alto vuelo llevara la experta mano de Carlos María Herrera. Estas incursiones le valieron juicios críticos favorables. Así se dijo entonces: "No ha sido nuestro ambiente artístico muy fecundo en pastelistas. Han sido muy pocos los pintores nacionales que se han destacado en ese género. Carlos María Herrera y Pedro Blanes Viale. Ahora, ante la exposición de Bauzer, puede afirmarse que es, sin género de dudas, después de aquellos dos extintos maestros, quien maneja con mayor acierto los blandos lapicillos de color (2).

Pero es como pintor de figuras y retratos —a lo que fatalmente había de llevarlo su característica de observador— donde Bauzer logra sus más cumplidas realizaciones, por la riqueza plástica, la técnica puesta de manifiesto y el constante deseo de perfeccionar sus medios de expresión.

Sus personajes parecen palpables; son carnales, tal es la idea de volumen que los atesora; nobles de dibujo, sin perfiles violentos, emana de ellos algo espiritual que los simboliza. En el Museo Nacional de Bellas Artes de Montevideo, se conserva un óleo de regular tamaño, original de composición, rico de color, notable como obra costumbrista, que representa a una mujer joven sentada en una silla, y tomando mate; se intitula "Mate Dulce" (3). La escena está inundada de luz que se derrama sin violencia sobre el personaje, ese tipo de mujer criolla, de soslayada mirada, un tanto sensual y apasionada.

Algún día habrá que ocuparse sobre el sugestivo encanto de la mirada de sus exquisitas mujeres; es la mirada amorosa de "La Hija del Jardinero", meditativa y abstraída en lejanos recuerdos como la que debe animar el personaje de "El Traje de la Abuela" (.) sensual de "Después del Bis" (.), llena de alegría maliciosa de "Burlona" (.), dulce y plácida de alegría humilde y modesta de "Siempre contigo Morena" (.) (4) y de "Tomando Mate", enérgica y seductora de "Judith", dulce de "Después de la Misa", mística de "San Francisco de Asís" (.), que se descubre en la actitud piadosa del personaje; inundada de savia patriótica, de las figuras que animan el tema histórico presentado al Concurso Oficial para el cuadro a los Constituyentes del año 1825 en la Florida; inspiradora y nostálgica de "Joven tocando la guitarra"; inocente y llena de bondad de "La Colegiala", figura central de un tema de composición, ambas inéditas y de los últimos tiempos del autor; o las plenas de realidad, de los pintores nacionales Carbonell y Cruz; la última obra del artista.

Pero Bauzer tiene otras concepciones dignas de especial atención; son obras meditadas en la calma del taller, frente al modelo y a su mundo interior; estudiadas con gran amor, con gran dignidad y en solemne silencio; por ello, las más sentidas, las más puras, las más emocionales y en las que se puede apreciar mejor su talento y la ternura con que han sido realizadas; me refiero al retrato de la madre del artista (1924) y al de su esposa (1939).

Estos dos retratos, podría decirse sin temor a equivocarse, son los que lo colocan en el terreno en el que "Como Artista, se destaca por su certeza", utilizando la frase de Baudelaire al sintetizar la labor pictórica de Honorato Daumier.



Bastará para ello contemplar la serena majestad de esas dos figuras. La mirada de Bauzer ha captado los rasgos fisonómicos de los retratados, exponiendo en ellas toda la técnica de que era capaz. Hay en esos lienzos de tan alto valor plástico, de tanta expresividad, algo así como la resultante de los deseos más caros del artista, sus triunfos y sus desalientos, su desasosiego espiritual y las más perdurables conmociones de su sensibilidad. Son obras del corazón.

Es, pues, dentro de esta modalidad, donde se ha de ubicar a Bauzer para su consagración definitiva, el día en que se revea las páginas de la Historia del Arte de nuestro país.

Dejó Bauzer una obra pictórica fecunda; fruto de la actividad de un hombre que recibió sus emociones y tuvo el vigor silencioso de encerrarlas en su mundo interior y, cultivadas, ofrecerlas en expresiones de belleza.

Deberá ser considerado como un artista de vocación en el que su mayor relieve está dado por la limpidez de su composición.

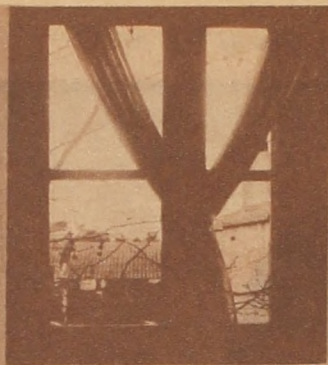
Esa es, puede decirse, la expresión de su virtud plástica.

Falleció en Montevideo el 27 de mayo de 1945, a los 57 años de edad.

W. E. LAROCHE

(Especial para EL DIA)

- (1) Archivo Ernesto Laroche.
- (2) En el Museo Ernesto Laroche se conserva un pastel, retrato del señor W. E. L. de esa época.
- (3) Figura tres cuartos tamaño natural. Oleo-Lienzo: alto 1.06; ancho 0.90. Fdo. abajo derecha. Adquirido 1930. (Archivo Ernesto Laroche).
- (4) "Representa a una mujer de aspecto plácido transparente en su semblante un alma buena: sonríe y entretiene su libre castro charlando con un loro que a su lado encaramado en el respaldo de una silla está. Hay verdad de expresión en la figura femenina; bien lograda; el parlanchín antimalucho tiene volumen y realidad perfectos."
- (.) Salón Nacional de Bellas Artes, (Bs. As.) y salón de Bellas Artes de la Provincia de Buenos Aires, 1918, 1921 y 1923 respectivamente.
- (.) Salón de Bellas Artes de La Plata y Salón de Primavera, Montevideo, 1923.
- (.) Salón de Rosario de Santa Fe, 1926. Expuesto en Montevideo en 1936 conjuntamente con "Judith" y "Después de la Misa".
- (...) Salón Nacional de Bellas Artes Montevideo, 1939.



Ventana Elevada

Caminos hacia la cumbre

TODA obra artística que ha sido plenamente lograda, constituye un ejemplo, una incitación y un motivo para el análisis. Y a ese efecto, poco importa que el ejemplo pueda sernos impracticable, la incitación estéril o el análisis imposible.

Antes las mayores producciones del espíritu humano nos sentimos, casi siempre, en esas condiciones. Comprendemos y sentimos la grandeza de Bach o de Beethoven; mas no podríamos jamás seguir su ejemplo, a menos que fuésemos equivalentes en genio; cuestión que, lógicamente, suscita legítimas dudas...

Bueno es entonces observar que de la conciencia misma de esa imposibilidad pueden surgir —y la experiencia muestra que han surgido— reacciones admirables que a tantos otros genios, de diferente matiz, condujeron a ser ellos mismos, y no aquel a quien tomaron por modelo supremo. Ante Beethoven parecieron prosternarse Schubert, Wagner y Brahms, en actitud muy semejante a la que había tomado Rossini ante Mozart. Y sin embargo... ¡qué distintas fueron las direcciones que luego habían de tomar, en su arte, el tierno Schubert, el pujante Wagner, el púdico Brahms y el centelleante Rossini!

Es casi seguro que el logro pleno de sus respectivos estilos, haya sido consecuencia de su intención de huir de la sombra de sus propios ídolos, para evitar la que hubiera sido inevitable caída en una mera imitación. También Claudio Debussy fue —como él mismo lo ha declarado— “un wagneriano hasta más allá de lo razonable”. Frente a esto, ¿podría haberse previsto el advenimiento de los *Nocturnos*, *El Mar* y toda su obra para piano?

En todos los verdaderos creadores —y pese a su capacidad para enfrentar gallardamente las inevitables influencias— es posible encontrar “la huella de alguien”. Pero, recalquémoslo: esto no constituye síntoma de inferioridad ni de subordinación; sino, precisamente, de lo contrario.

Sería acaso posible afirmar que detrás de cada gran creador, está el ejército de aquellos antepasados a quienes veneramos.

El mejor Verdi es aquel que surge del apasionado y minucioso estudio de la obra de sus predecesores italianos, desde Palestrina hasta Cimarosa. Y sólo entonces, el músico de *Nabucco* puede llegar hasta las alturas de *Otello*, *Falstaff* y la *Misa de Requiem*.

Si apuramos la observación, podríamos considerar ese estudio previo como una etapa casi indispensable para lograr algo que sea, a la vez, tan pretérito y tradicional, como presente y fermentario. De una mera imitación no podría surgir sino un tipo de arte desubicado en el espacio y en el tiempo.

Pero de una asimilación auténtica de ese pasado, producto de una legítima estima y de un conocimiento pormenorizado y total, todo artista grande puede ascender hasta los más elevados planos de la concepción humana; como acontece con ese arte abstracto de la antigüedad que se convierte en palanca del arte moderno, cuando ha pasado por el filtro espiritual de un Picasso o un Torres García.

La historia es pródiga en ejemplos de esa transmutación de épocas, con perpetuación de esencias.

Debussy y Ravel estudiaron con ahínco la obra de sus antepasados Couperin y Rameau. Manuel de Falla, la de Soler, Victoria, y aún la del italiano Scarlatti. De todo ello dan fe las mejores páginas pianísticas de Ravel y Debussy, así como el *Rebato* de Falla.

Más de una vez hemos de comprobar analogías entre los mundos de la ciencia y del arte. Así, lo que en Física se conoce por “ley de correspondencia entre la acción y la reacción” (aplicable tanto a la mecánica como a la electricidad) en Arte se manifiesta precisamente por ese juego de acción que incita el modelo, y de la reacción o respuesta por parte de quien ha sufrido su influencia.

Infinitos son los caminos de la expresión artística.

Pero, como sucede en todas las montañas, todos parecen converger hacia las cumbres.

Roberto E. LAGARMILLA
(Especial para EL DIA)

PRIMERO fue el campo; el campo sin adjetivos, radical y simple naturaleza innominada; luego, en algún momento del rodar sin fin de los siglos, la primera huella, la primera mirada al paisaje virgen: de ese originario mirar de los ojos indios nada sabemos y es muy poco también lo que de él pueda inferirse, hasta tanto el azar de un milagro no nos revele en qué consistió para ellos su conciencia de ser hombres. Vagaron siempre y la geografía del campo fue sólo un recuerdo venatorio, o el regusto o el horror de la emboscada y la guerrilla y también el sitio de algunas de sus tumbas.

Navegantes o ecuestres, un día como tantos se dibujaron en el paisaje los hombres del acero y la pólvora, la cruz, y la habilidad en la palabra y en las manos; a partir de esa fecha inaugural —que no fue precedida de cataclismos ni augurios— el campo se brindó en caminos y floreció al hechizo de los nombres nuevos: con moroso e ininterrumpido andar colmóse poco a poco de historia, y elegido como protagonista por el subjetivismo de espíritus sensibles, trascendió en alas de la literatura y la pintura, sin que éstas ni otras formas del arte agotaran sus mil escorzos y aproximaciones posibles.

De distinta manera y en diferentes épocas se cumplieron en América las instancias de descubrimiento, conquista y colonización. Refiriéndonos ahora a la última de estas etapas digamos que entre quienes aquí en nuestra tierra participaron en la consolidación y tenencia efectiva del campo, figuran de manera especialísima los primeros pilotos y agrimensores, cuya actuación profesional en la campaña —midiendo, amonajando y levantando planos— benefició no sólo a la mayoría de los propietarios al precisar áreas y límites, sino también por extensión a los vecinos linderos, evitando controversias y pleitos, y al Estado en su afán por ordenar las concesiones otorgadas, los caminos y las tierras realengas o fiscales de cada región. Como contrapartida salieron perjudicados los usurpadores, aquellos que ocupaban más campo del que les correspondía —o lo situaban dentro de otros límites— ya fuera por desconocimiento o mala fe.

Hombres casi exclusivamente de mar —provenían por oficio y vocación de la real armada y de la marina mercante— debieron algunos de estos pilotos hacerse verdaderos camperos a fuerza de sumar leguas, salvar dificultades y sufrir intemperies por regiones apenas conocidas, y también ante el frecuente contacto directo con los criollos lugareños, los indios y el gauchaje de la época, en una tarea que según la estación, el lugar y la topografía del terreno, variaba en sacrificios y riesgos. Vinculados en el último tercio del siglo XVIII y principios del XIX a la medición de los campos del Este uruguayo, la mayoría de los pilotos agrimensores que mencionaremos ha dejado la huella testimonial de su paso por las viejas estancias de Maldonado, Lavalleja y Rocha, en otras tantas actuaciones que como reconocimiento sin duda tardío a su ingente labor, nos lleva ahora a recordarlas brevemente.

Basilio Villarino —el famoso piloto que en mérito a sus desempeños en el sur argentino alcanzó notoriedad histórica— caminó y trasladó luego al papel algunos retazos de nuestros campos —sierras de Cabral, Guardia Vieja, etc.— entre los años 1771-1775; herido por los indios falleció en el Fuerte de Nuestra Señora del Carmen de Patagones (Río Negro, República Argentina) en 1796. Las treinta leguas cuadradas entre los arroyos Penitente, Cebollatí, Barriga Negra y Santa Lucía, pertenecientes a Francisco Pérez Fontán y Bárbara Barrera, fueron medidas en 1784 por Pablo Mariano de San Martín; queda ahora una copia del plano original firmada en 1862 por Víctor Rabú. A José Enriquez se le debe, entre otros, los primeros deslindes de las tierras de Miguel de Oterín en Solís de Mataojo. El piloto Joaquín Rodríguez, los días que pasó en Rocha midiendo la propiedad de Manuel Barlado, conoció seguramente la Estancia del Rey de Don Carlos. Los campos sobre el José Ignacio y el mar, de Miguel Pires, fueron medidos en 1823 por el “piloto de los barcos mercantes”, Antonio José de Sosa. Juan Galeano se encarga de amonajar unas suertes de chacras a las afueras de Maldonado —hacia San Carlos, por los cerros de Cortés— a pedido de Francisco Aguilar que actuaba como apoderado de Sebastián Roso. A principios del siglo XIX Isidoro León de Avila mensuró varias estancias en los partidos de Santa Teresa y Castillos. Entre 1809 y 1810 Antonio Acosta y Lara firma las actuaciones y planos de los campos de Tcherá Caballero (Don Carlos y laguna de Castillos), y también los contiguos —2½ suertes de estancia— de Miguel Yarza, estableciendo en el texto de las diligencias de mensura, la existencia “del higerón de las tapas de la estancia que fue del rey, llamada de Don Carlos.”

Los primeros pilotos y agrimensores del campo

(Lavalleja, Maldonado, Rocha: 1772-1859)



Mojón con la marca de Lucas Castellano recientemente descubierto en las proximidades del arroyo de las Minas Viejas (jurisdicción de Pan de Azúcar) precisamente en el extremo NE del que fuera su campo (fines del XVIII). Como recuerdo de una de las primeras estancias del departamento de Maldonado, lo conservan en la suya los hermanos Barbachán Fontes (Arroyo Pan de Azúcar, ruta 60).

Indudablemente que la lista, en una investigación más prolija, podría continuarse, porque no hay duda que ni éstos ni José de Hermida, Felipe de Losada, José Sobrino, Juan Martínez, Domingo José Firme y José Cavalli fueron los únicos pilotos que tuvieron que ver en esos años con el campo de las regiones señaladas; junto a ellos —e incluso también por su cuenta— actuaron peritos o “inteligentes en tierras”, como se les tituló en la época —entre muchos otros, Manuel González, Faustino de Acosta, Manuel Correa, José Francisco de Umarán— al lado de los jueces comisionados del partido donde se practicaba la medición, de los ayudantes —contadores de cordeladas, apuntadores, abanderados, etc.— y en presencia siempre de los vecinos que en resguardo de lo suyo concurrían como testigos verificando el correcto emplazamiento de los mojones.

Seguramente que no les faltó trabajo a estos activos profesionales de la brújula y la cuerda de cáñamo; a partir de mediados del siglo XVIII —que es cuando de verdad empieza a poblarse la campaña— todo estaba en esta materia por hacer, porque excepto la recorrida de los demarcadores de límites —a quienes los movían propósitos geográficos, es decir, más vastos—, la medición de áreas menores fue encarándose a medida que las circunstancias particulares y oficiales así lo reclamaban. Hasta entonces, los accidentes del terreno servían de referencia a unos y otros, constituyendo en la mayoría de los casos verdaderos límites naturales; esto facilitó en parte la tarea de los pilotos agrimensores, porque si prescindimos del esfuerzo que supone verificar las divisorias de aguas en las sierras o abrirse paso por el monte cerrado de los arroyos en procura del cauce, aceptar sobre el terreno y trasladar al papel las formas que la misma naturaleza definía, les resultó probablemente menos engorroso que el trabajo en las llanuras desiertas donde, como en la pampa argentina, ni un árbol ni una piedra quebraba a veces la regularidad infinita del paisaje.

Las disposiciones coloniales de 1754 a 1805 que alentaron el afincamiento del hombre en el campo, y luego el emplazamiento a los terratenientes decretado en 1810 por el gobernador Joaquín de Soria con el doble propósito de acrecentar los ingresos y regularizar la situación de los poseedores y ocupantes de tierras fiscales, motivaron —y multiplicaron— la mayoría de las mediciones de la época, sin cuya imposición, ya fuera por el costo, o por no ventilar situaciones precarias, o por considerarlo innecesario, no se hubiesen cumplido seguramente muchas de ellas. Los nuevos intentos con miras “al arreglo de los campos” y al reparto de extensiones (saldos) aún a la sazón fiscales, particularmente ideados y promovidos por Félix de Azara, José Artigas y Manuel Oribe, hicieron nuevamente indispensable la intervención de los pilotos.

En la denuncia de unas sobras de tierras linderas a las de su padre que a principios del año 1825 José Antonio Presa (de la costa del Alférez) eleva a la consideración del Barón de la Laguna (Archivo Gral. de la Nación, Escribanía de Gobierno 1824 N° 63) figuran, impresas, unas reglamentaciones —prevenciones las llaman— dirigidas a los agrimensores y jueces de mensura, que en mérito a lo que ellas instituyen, y por desconocidas, reproducimos aparte en toda su extensión; van precedidas de unas instrucciones también impresas al pie del nombramiento del juez y agente del fisco (en el caso que nos ocupa se designó a Cipriano Martínez) cuyo texto es el siguiente: “Por tanto, luego que este despacho sea a V. presentado y pedido su cumplimiento, citará a los vecinos colindantes a las tierras que se expresan, recibirá información de testigos que bajo juramento declaren si son realengas, valutas, poseídas o abandonadas con señalamiento de sujetos y épocas y si por esta operación no resultase inconveniente, teniendo presentes los documentos y títulos de aquéllos las hará V. medir y amojonar con Piloto Agrimensor que prestando antes juramento de desempeñar bien y fielmente su encargo las mensure por cordeladas y de cuadra en cuadra de a cien varas castellanas, siguiendo y denotando los rumbos que se

ñalare la aguja, poniendo un marco firme y durable en cada variación de ellos y en los parajes en que la localización o naturaleza del terreno y los interesados lo demandaren, dando explicación de todo lo que opere y levantando plano que demuestre su figura, extensión, límites y área reducida a leguas cuadradas. En seguida nombrará V. dos hombres inteligentes y de probidad para reconocedores del campo, los cuales con V. y testigos, después de prestado el juramento de derecho, lo recorrerán expresando todas sus buenas o malas cualidades para cría de ganado o labranza, sus pastos, aguas, montes, rincones, abras, serranías y cuanto pueda conducir a formar juicio de su estimación. Nada obrará V. que no sea asociado de testigos a falta de escribano examinado y titulado, en la inteligencia que habiéndolo ha de actuar V. precisamente con él no hallándose impedido, debiendo aquéllos ser mayores de edad, vecinos de reputación, antiguos y afincados, capaces por tanto como los demás que tengan intervención en este asunto, de responder en cualquier tiempo de su fiel y exacto desempeño y del mal que causaren por su ignorancia o malicia. Se extenderá a continuación del presente cuanto se obrare con distinción y claridad, y así diligenciado me lo devolverá V. el original para proveer en su vista lo que corresponda; previniéndole en caso de oposición fundada suspenda las diligencias dándome cuenta con emplazamiento al contradictor y demás interesados para que ocurran a esta Superioridad a deducir sus derechos dentro del término prudencial que V. les designará al efecto; poniendo asimismo constancia de que no ocurrieron disputas, o si las hubo, que quedaron desvanecidas; y ciñéndose puntualmente a lo sancionado por regla general en las prevenciones que aquí van agregadas, y que se dictaron para los Jueces de mensuras, Agentes del Fisco en ellas, y Agrimensores. Dado en Montevideo a 16 de Abril de 1825".

*

Una pequeña y muy calificada pléyade de agrimensores hace su aparición en los agitados años del primer tercio del siglo XIX, prolongándose la actuación de algunos de ellos hasta los años siguientes a la Guerra Grande. Casi todos se autotitulan ya agrimensores, aunque subsiste todavía la denominación primitiva de piloto-agrimensor, e, incluso, piloto a secas. En el N° 29 de la revista "Agrimensura" (octubre/noviembre de 1975), don Ismael Foladori Rocca habla de la primera patente de "Agrimensor del Estado" expedida a favor de Antonio Ventura Orta, el 5 de setiembre de 1825; casualmente unos meses atrás (junio) Nicolás de Aldana agregaba al pie de su firma, enlazándola con la rúbrica, idéntica mención; claro que aquí seguramente se hace referencia al estado cisplatino, mientras que el título exhumado por Foladori corresponde —no tanto por la fecha sino por llevar la firma de Manuel Durán— al gobierno patrio de la Florida.

El nombre de José de Rueda encabezaría esta segunda lista; de inventariarse la totalidad de las actuaciones de quienes la integran, tendríamos, cuadra por cuadra y con supremo lujo de detalles, el plano general de los departamentos de Maldonado, Lavalleja y Rocha; algo cuya reproducción —por la escala— exigiría un papel de medidas colosales, abarcable sólo a la distancia. Un resumen de las mensuras de Rueda comprendido entre 1809 y 1823 reuniría las regiones de Castillos (campos de Cayetano de la Rosa, Manuel Joaquín de Rocha, Ventura, Justo y Manuel González), Arroyo de Rocha (Matías Machado, Miguel Antonio Zelayeta), Siete Cerros (Francisco Silveira), Las Conchas (Manuel Piris de la Rosa), Don Carlos (Vicente Machado) y Cabo Polonio-Valizas (Techera-Olivera, la misma estancia que miden luego Acosta y Lara, en 1809, Aldana, en 1830, y Grossy en 1852).

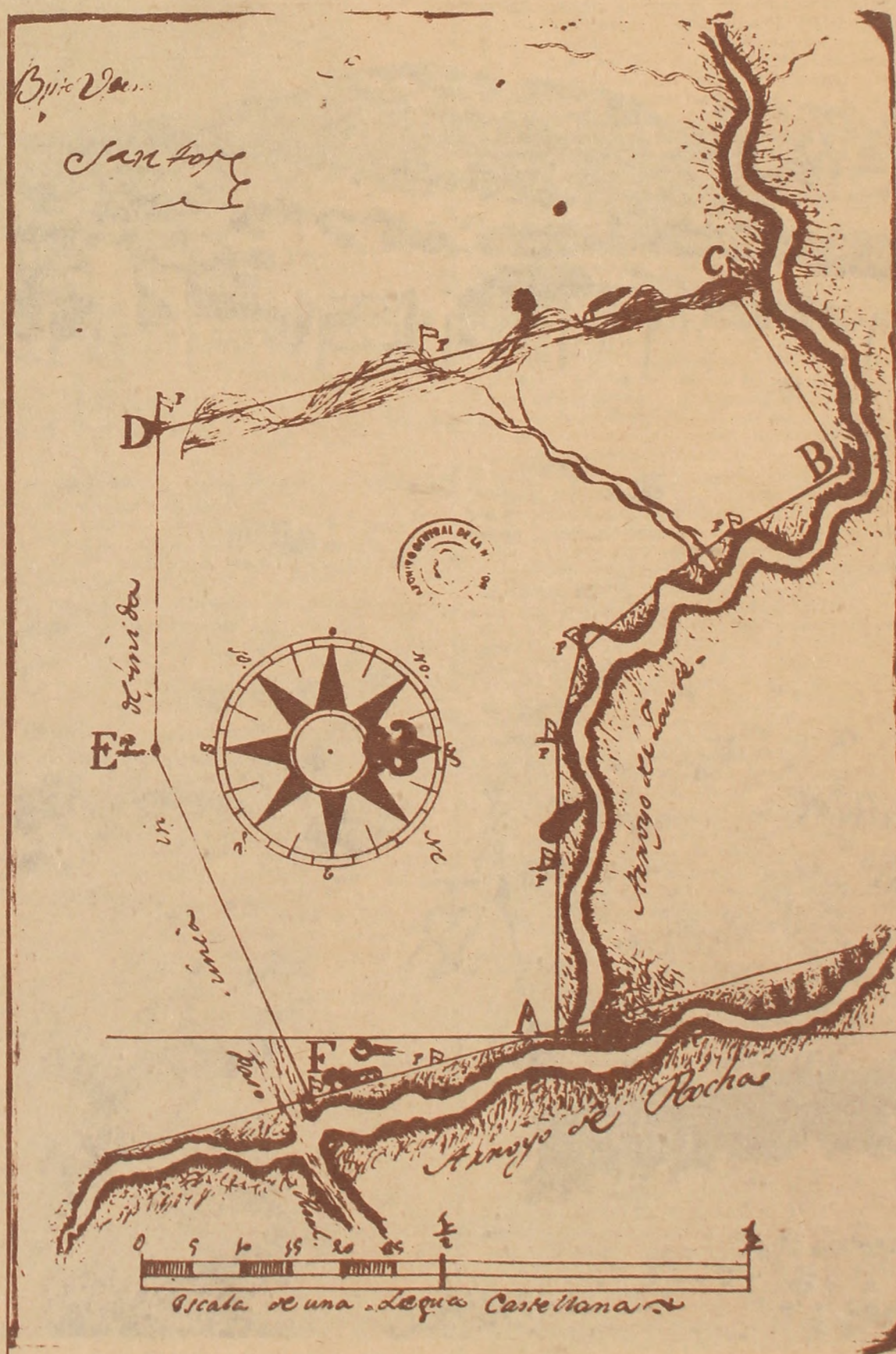
Insistiendo en el carácter de pequeño o sintético inventario que tienen estas recopilaciones, en trece años de actuación (1818-1831) Nicolás Aldana llega a conocer al dedillo los campos de Ana Aguiar (Garzón), Antonia Rodríguez de Piris (Las Conchas), Ramón Antonio del Puerto (Marmarajá), De León y Berroeta (Santa Lucía-Penitente), Manuel Paes (Garzón), Francisco Gerónimo Amaral (Sarandí), Manuel Techera (Cebollati), José Caraballo (Matajo de Solís), Manuel Antonio Acuña (Laguna Negra), Mateo Rocha (Siete Cerros), Méndez y Amago (Matajo), Faustino Acosta (José Ignacio) y Juan Bautista Alvarez (Arroyo Caracoles). José María Manso mensura nuevamente en 1832, las tierras de Amaral, y Juan Bautista de Egaña recorre las de Cardoso (Puntas de José Ignacio), y las de Juan Acosta en San Miguel. José Cavalli levanta un plano muy trabajado de la estancia de Luis José

da Silva (Cañada Grande) y en el mismo año (1831) Miguel López y Picor se ocupa de la de Francisco Sierra en el Arroyo del Soldado.

En apenas dos años (1833-1834) Juan Risso posee una clientela numerosa y extendida: Ignacio Prudente (Arroyo de Rocha), Toribio Barrios (Garzón), Víctor Barrios (Laguna de Rocha), Martín Aguirre (Santa Teresa), Manuel Joaquín de Rocha (Castillos), Francisco Cabral (Don Carlos), Juan Trillo (Arroyo Las Conchas) y Francisco Aparicio (Aiguá-Alférez). La significación de Francisco José Mellitao es sin duda menor; comprende los campos de Antonio Cuadra (Aiguá), Santiago Munis (Arroyo del León) y Francisco Terra

(Chafalote). Lo mismo puede decirse de las actuaciones de Juan Bernardo Aguiar, María Francisca Miraballes (Arroyo del Soldado), Manuel Eguía (Pérez del Pato-Solís Grande) y Pedro Cardillac (Otermin-Matajo de Solís).

Pedro Pico, en 1836, no sale de Minas; las mediciones de Mateo Beracocha (Matajo de Solís) y Antonio del Corral (Arroyo San Francisco) le pertenecen; otro tanto le ocurre a Enrique María Reissig: son las suyas las de Manuel Herrera y Obes (Solís de Matajo) y Mateo Ramallo (Carapé). Adrián K. Mynssen abarca una geografía más extensa: José Abreu (Isla Negra), Berroeta (Arroyo del Perdido), Tomás



Plano levantado por el piloto José de Rueda en 1810, correspondiente al campo de los sucesores de Miguel Antonio Zelayeta. Dicho campo estaba situado exactamente al oeste de la villa de Rocha, arroyo por medio.

Piris (Zanja de Chaves), Tort de Núñez (Chafalote); mientras que en 1858/59 Gregorio Carceller se quedó en la zona: Juan Ramón Menchaca (Arroyo Gaetán) y Domingo Castro (A. Santa Lucía).

Enrique Jones es el agrimensor de la época de Oribe: entre otros mide los campos de Antonio Mancebo (Laguna del Sauce), García de Zúñiga (Nico Pérez), Manuela Lagos (Cebollati-Gutiérrez), María Francisca Gadea (A. Gaetán), Pérez del Pato (Solís Grande) y el Rincón de Pan de Azúcar. José Olsina figura desde 1834 a 1859, pero es en el primer año de su aparición que realiza la mayor parte de las mensuras; sin salir de lo que hoy son los departamentos de Maldonado y Rocha, lo encontramos en las estancias y chacras de Joaquín Piris (Las Conchas), Antonio Cortés (Los Ceibos), Manuel Dutra (Carapé), Hermenegildo Amorín (José Ignacio), Manuel Araújo (Cañada Bellaca), Amancio González (Las Flores), Juan Paulino Pimienta (Pan de Azúcar), Nicolasa Romero (José Ignacio), Domingo Sosa (Garzón), José y Antonio Terra (Chafalote), Faustino Correa (Laguna Negra) y Lucas de Sosa (Arroyo de Rocha).

Las diligencias de Antonio Ventura Orta en lo que a esta zona del Este se refieren, arrancan de 1822 (Campos de Francisco Caballero, en Calera del Rey, y de José Faustino Correa (Rincón de los Ajos), y terminan probablemente en 1837 con la medición de una parte del campo de los Artigas (José María) en el arroyo Chamamé. Entre esos años deja el testimonio, en planos impecables, de las estancias de Casimiro Durán (San Luis), Ángel Francisco Núñez (San Miguel), Martín José Artigas (Soldado), José Bernardo da Costa (San Miguel) y Francisco de los Santos (India Muerta).

Y por último, Julio Grossy, el agrimensor fernandino de adopción, que a pesar de la y griega de su apellido dicen que era italiano, genovés. Sus primeras actuaciones datan de 1833 (Fernando Cabrera, de Portezuelo; Juan Pimienta, de Pan de Azúcar; Hipólito Pedraza, de Garzón; Juan Rodríguez Robledo, de las sierras de las Animas; y Luisa Gándara, del abra de los Ceibos), a las que siguen las de Felipe Techera (Garzón), Cabral (Guardia Vieja), Birriel-Pereyra (Matajojo), Manuel Núñez Viera y Rudecindo Silva (Garzón), Manuel Cabral (Penitente), Antonio Cortés (Aiguá), Manuel Techera (Cebollati), Domingo Cal (Molles de Aiguá), Francisco Silveira (Tres Islas), José Méndez Orique (India Muerta), Manuel de la Ascensión y Manuel de la Rosa (Arroyo Cañizo, Pan de Azúcar), Velázquez (Sarandí de la Paloma), José Caraballo (Solís de Matajojo), Manuel Araújo (Las Cañas), Pedro Poes (Garzón). Unas de las últimas de esta lista tan llena de omisiones, serían las correspondientes a los campos de Fraga-Ribero (Aiguá y Sarandí) y Miguel Balado (Las Conchas).

Como suele no repararse —quizá porque lo es sabido, por demasiado obvio, no se tiene muchas veces en cuenta— que hasta bien entrado este siglo no existió más medio de transporte terrestre, si exceptuamos el ferrocarril, que el de tracción a sangre, conviene subrayar el sacrificio que los viajes largos suponían, circunstancia que de tenerla presente jerarquiza o encarece aún más ante nuestros ojos, muchos de los actos cumplidos por nuestros antepasados. A propósito de ello, de la lectura de la carta con que cerramos estos

apuntes surge con cuánta naturalidad aceptaba Grossy —que por entonces tendría más de sesenta años— el proyecto de un viaje de treinta y tantas leguas a caballo, en pleno invierno y durante la Guerra Grande. Archivada en el Juzgado Letrado de Rocha (legajo 19), dice lo siguiente: "Sr. Don Juan Bautista Inchausti (India Muerta). Maldonado, agosto 8 de 1850. Muy Sr. mío y amigo: Ayer recién me ha sido entregada su favorecida del 1º del cte. y enterado de su contenido digo a Ud. que a causa de poder dejar arregladas todas mis cosas en ésta, no podré estar pronto para salir para ésa, hasta el día 25 del presente, y así puede Ud. mandarme buscar enviándome un caballo porque no tengo. En cuanto al precio que Ud. me pida sobre el importe de la mensura de una y media suerte de estancia del finado Velázquez (India Muerta-Sarandí de la Paloma) y su correspondiente reparto entre los siete herederos, le haré todas las diligencias necesarias a razón de 25 patacones para cada uno. Sin más asunto por ahora, se servirá Ud. ofrecer de mi parte finos recuerdos a su Sra. esposa y demás familia, como igualmente a su sobrino D. Juan Antonio; ordene en cuanto sea útil a su affmo. amigo y S.S. Julio Grossy".

Eduardo MARTINEZ ROVIRA

(Especial para EL DÍA)



Aldana
Eximio

El Uruguay en el exterior

Confraternidad sino-uruguaya

De izquierda a derecha: el Primer Encargado de Negocios de China en Uruguay, Embajador Sun Peng Hua, Ministro de Economía Sr. Sun Yuan Suan, Presidente del Legislativo Yuan, (Poder Legislativo) Sr. Níeh Wen Ya, Ministro Edison Bouchaton, Comandante en Jefe del Estado Mayor General Lai Ming Tang, ex Ministro de Relaciones Exteriores actualmente Ministro sin Cartera y Asesor del 1er. Ministro Sr. Chow Shò Kai, Ministro de Comunicaciones Sr. Henry Kao, Comandante en Jefe de las Fuerzas Combinadas General Lo Yu Lun y ex Embajador ante nuestro país Sr. Hu Shih Hsi.

El 11 de marzo se realizó una cena en la Embajada del Uruguay en China, ofrecida a muchos de aquellos personajes chinos que han contribuido a un refuerzo de relaciones, entre los Gobiernos, Fuerzas Armadas y pueblos de ambos países.

La comida fue ofrecida en nombre del Gobierno y Fuerzas Armadas uruguayas a sus Pares de China por la amistad y afecto recíprocos que guardan las relaciones entre los mismos, por el Ministro Consejero Edison Bouchaton.

La reunión tuvo un espacio de 3 horas, y canales de TV, y los más importantes órganos de prensa escrita en inglés y chino dieron amplio conocimiento del mismo.



CUANDO don Fernando Lorenzana entraba a visitar al papa —así fuera en el Quirinal, Gaeta o Castel Gandolfo— Pío IX lo acogía con un gesto que podría traducirse así: "Está usted en su casa, don Fernando". Don Fernando estaba fuera del orden común de los embajadores. No representaba a un país: era el Nuevo Mundo. Nueve países caminaban con él. El pontífice recibía a una extraña persona que representaba a Bolivia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Nicaragua, Nueva Granada, México, Salvador y Venezuela... Muchos de estos países habían sido reconocidos como estados nuevos por sus gestiones. Cuatro concordatos —lo decía con admiración el papa— se habían logrado por su celo infatigable.

Cualquiera pensaría hoy que nada más sencillo que incorporar tierras tan católicas como las de hispanoamérica a la comunidad oficial de la iglesia. Todo lo contrario. España llegó a amenazar con rompimiento y cisma, si Roma aceptaba la independencia americana. Hubo años en que el papa recibió clandestinamente, en la noche, a don Ignacio Sánchez de Tejada —el enviado de Bolívar— para que no se enterara el embajador de España. Del otro lado, las nuevas repúblicas, viendo que no les nombraban obispos, amenazaron con elegir un patriarca de América y hacer su iglesia aparte. De hecho, algunas, procedieron a nombrar sus obispos sin cuidarse de la confirmación apostólica. Don Fernando había vivido estas batallas, y las había ganado. Y nadie lo sabía mejor que Pío IX. Mucho antes de ser cardenal, había ido con Monseñor Muzi, a Uruguay, Argentina, Chile, en una misión de tanteo. Sus experiencias fueron increíbles. Montevideo era el paraíso de los masones, en Buenos Aires, Rivadavia se alzaba como el diabólico símbolo

mirador

(I)

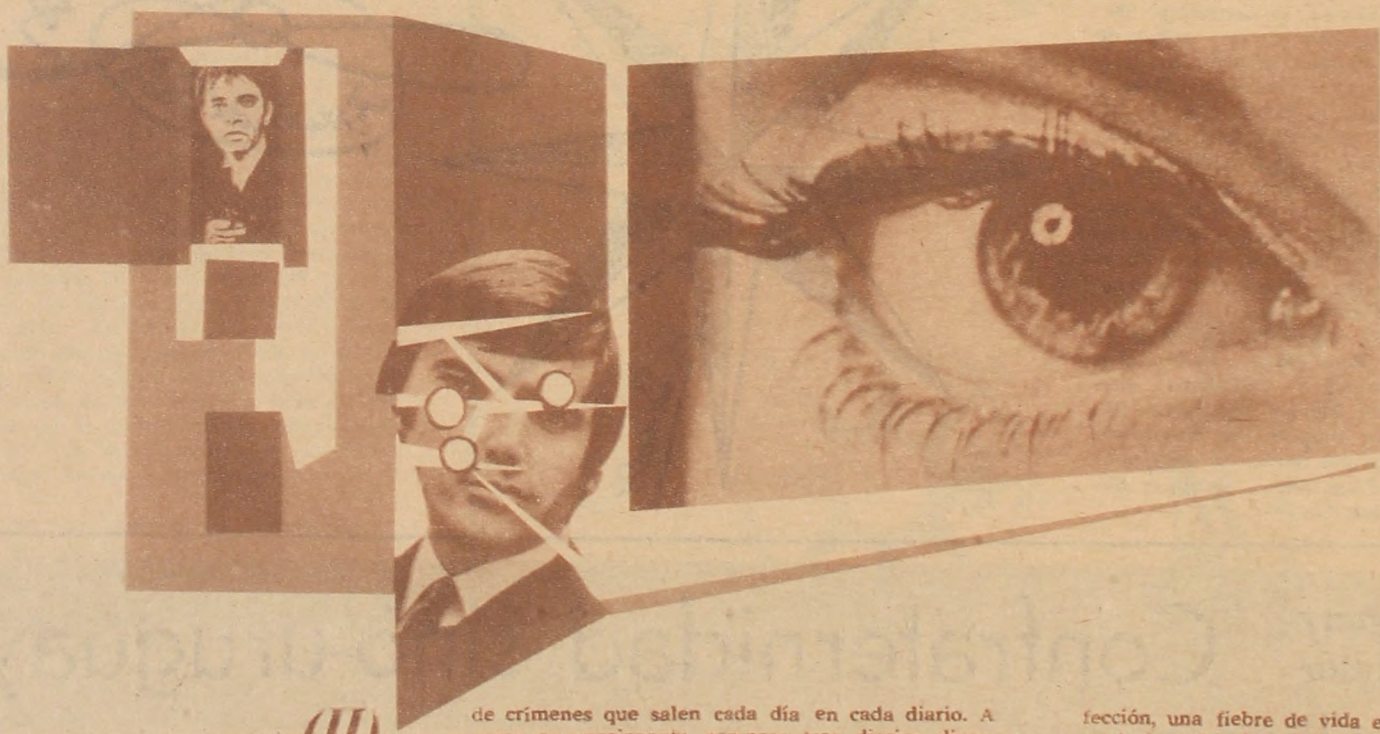
Esta es su casa, Don Fernando

del liberalismo, en Santiago de Chile se hacían representaciones para aclamar a Voltaire, el Paraguay no permitió entrar al país a los enviados de Roma... Luego, las experiencias de Pío IX en Europa no habían sido menos aleccionadoras. Habiendo subido al solio pontificio como obispo liberal —se inició sacando de las cárceles a los prisioneros políticos, (les habían crecido las barbas en los calabozos de San Angelo)— tuvo que escapar a Gaeta cuando las tropas francesas se apoderaron de Roma. Le faltaron años, en su larguísimo pontificado, para rectificar sus entusiasmos de los primeros tiempos...

Un visitante como don Fernando era lo bueno, lo mejor que podía ocurrir en las jornadas durisi-

mas del papa. Don Fernando y Pío IX sabían muy bien que un pontífice es un pontífice, un embajador un embajador y el Quirinal es Quirinal. Pero había algo que convertía todas estas grandezas en el ambiente clásico de la casa del cura. Las audiencias no eran de minutos sino de horas, y podían ocurrir dos veces a la semana. Don Fernando iba a veces con su esposa. Si el papa salía en fuga para Gaeta, don Fernando era el primero en moverse con la familia, siguiéndolo. Si tornaba a Roma, era el primero en asistir al homenaje de bienvenida. Cuando murió Pío IX, don Fernando lloró como un niño en la cámara ardiente.

Para un romano, Lorenzana era el más romano de todos los romanos. Su primer matrimonio había sido con la condesa Catalina Negrone, hija del conde Antonio, senador. Catalina murió joven, y don Fernando se casó con la baronesa Luisa Binder-Kriegelstein, hija del baron Carlo, agente del emperador de Austria (el matrimonio, en la capilla del Palacio de Venecia; testigos: Pietro Silvestri, y el príncipe de Casino, Carlos Bonaparte). Murió Luisa, y los amigos aconsejaron a don Fernando casarse de nuevo. La escogida fue la princesa Giuliana Santa Cruz. Pío IX se lo había dicho a don Fernando: "Que buena unión haría usted con esa señorita". Y así quedó don Fernando incrustado en lo más romano de Roma... Pero él era mexicano por nacimiento, Santander lo había hecho ciudadano de la Nueva Granada, Bolivia, por decreto del Congreso, ciudadano de Bolivia..., etc. Era el primer ciudadano de América que llegaba a recibir la bendición apostólica. No ha habido otro con tanta nacionalidad y tan bien merecida. Cuando Pío IX le decía: "Don Fernando, ésta es su casa", el palacio del papa se agrandaba. — (ALA)



(II)

El estupendo asesinato

EL crimen pasó en Nápoles. Gaetano, de 26 años, siciliano, "con un curriculum rico en antecedentes penales" (el periodista saborea el tema), de tres tiros exporta al otro mundo a Stefano, el ingeniero de Torino, marido de Antonia, su amante. El ingeniero era harto complaciente. Dejaba que la bella Antonia se pasara semanas fuera de casa. Cuando Gaetano asesinó al marido, la bella Antonia asistió a la escena sin pestañear. Veían televisión en familia, Antonia levantó el tono de la emisión para que no se oyera cuando ella misma abrió la puerta y entrara el asesino, a quien dejó que huyera... Las sospechas sobre la complicidad de Antonia corresponden a un curso elemental de criminología. Sobre estas bases, lo que sigue pertenece al periodismo. A Italia puede venirle sólo por el atractivo de leer las tres páginas

de crímenes que salen cada día en cada diario. A veces es apasionante comprar tres diarios diversos para seguir las variaciones de la gran novela. He aquí una parte del relato sobre la bella Antonia "poseída de un incurable bovarismo" tal como lo escribe Flora Antonioni (siempre van firmadas las crónicas). Título: Retrato a puma de un enigma:

"Es bella, morena, joven, amada, elegante... es decir: dotada de ese género de elegancia sacada en parte de las páginas a colores de las revistas que muestran los modelos a seguir, a imitar, como prototipos ideales (en general para exhibir vestidos o damas del jet-set), en parte favorecida con el trabajo de "estetista" que practicaba en salones de lujo, aun después de aterrizar, (si puede decirse así) en el puerto de un matrimonio joven aparentemente feliz, con un ingeniero de aviación Esteban Bianconi, de agradable figura, afectuoso más aún: enamorado, lleno de afanes, atento a colmar toda ausencia con mil atenciones, con una docilidad casi patética, con una condescendencia inmediata, cordial a acceder a todos sus deseos, a su ansia constante de confundirse con los demás en alegre simpatía, hasta llegar a no admitir nunca el quedar sola con él en la intimidad, en el tu a tu de las noches libres..."

"Ella, con ese rostro de madonna morena, los grandes ojos negros de cejas depiladas a la per-

fección, una fiebre de vida en la mirada densa, un ansia inconfesada, un si es no es aventura, de evasión de la rutina de un matrimonio que venía a revelarse (¿quién podría imaginarlo?) condicionado así a los compromisos de trabajo del ingeniero, nada completo en sustancia, escaso de imprevistos. Ella, con ese perfume refinado y amargo escogido entre tantos que manipulaba en su trabajo... Ella, a su modo inasible y fugitiva, con ese cuerpo de 29 años, fría y ardiente al mismo tiempo, con ese rostro remoto y un tanto repintado, con la belleza del tipo fatal según los cánones tradicionales de la literatura, ¿podía o no podía, ya al final del año de la mujer, consagrado más o menos profanamente a su liberación, concebir un proyecto tan osado, tan inspirado en las normas de la novela de policía clásica, para liberarse en forma tan dramática de un marido que había venido a ser incómodo, de una presencia abrumante, después de haber escenificado, con el propio cómplice, todas las secuencias del drama?

Vistos así los asesinatos de Roma, Milán, Torino, Palermo... el periodismo es el culebrón de nuestro tiempo, de iridescente profusión literaria. Se explica que muchos, por salir en el relato (y en la fotografía) no vacilen en matar a quien más aman. (ALA).

Germán ARGINIEGAS
(Exclusivo para EL DIA)



En su barrio, para su comodidad, una agencia de Avisos Económicos de

EL DIA

● CIUDAD VIEJA: Rincón 529 — [CENTRO: 18 de Julio y Yaguarón EL DIA; Río Branco 1212; Paysandú 1099 esq. Paraguay (Ag. Riso)] — CORDON: 18 de Julio 2022 (Ag. Petraglia); Dante 2132 casi Joaquín Requena (Salón Stop) — PUNTA CAJARETAS: Luis Franzini 810 esquina 21 de Setiembre — PARQUE RODO: Constituyente 2007 — POCITOS: Alejandro Chucarro 1183 casi Perelra; Juan Benito Blanco 827 bis; Francisco Muñoz 3081 entre Pagola y L. Pérez — RIVERA: Avda. Rivera 2621 — VILLA DOLORES: Avda. Rivera 3379 — TRES ESQUINAS: Comercio 1867 c. Avda. Italia (Salón Santa María) — BUCEO: Comercio 1443 (Libr. "San Dimas"; entre Rivera y Verdi) — NUEVO MALVIN: Hipólito Yrigoyen 1674 — MALVIN: Orinoco 5048 y Michigán; Almería 4602 y Yacó; Rivera 4501 esq. Corlombes (Salón Los Olímpicos) — UNION: Avda. 8 de Octubre 3565 (Librería Sur); Avda. 8 de Octubre 4022; Jaime Cibils 2387 — VILLA ESPAÑOLA: José

Serrato 3296 casi Centenario — CURVA DE MAROÑAS: Avda. 8 de Octubre 4683 esq. Piccioli — LA COMERCIAL: Avda. Gral. Garibaldi 2559 — GOES: Avda. Gral. Flores 2942 A; Avda. Gral. Flores 4169 casi José Serrato — CERRITO: Avda. San Martín 3491 — ITUZAINGO: Avda. Gral. Flores 4996 — AGUADA: Avda. D. Fernández Crespo 1906 (Salón Progreso); Avda. Agraciada 2014; Gral. Luna 1350 esq. Melo (Salón San Pancracio); Gral. Aguilar 1144 (Bazar Muñoz) — VILLA MUÑOZ: Domingo Aramburú 1751 (Salón Carlitos) — REDUCTO: Guadalupe 1490 — CERRO: Avda. Carlos Ma. Ramírez 1886 esq. Grecia — CAPURRO: Uruguayana 3150 — PASO MOLINO: Avda. Agraciada 4109 — PRADO: Cno. Castro 836 casi Millán — ATAHUALPA: Avda. Millán 3791 — BURGUES: Burgues 3325 casi L. A. de Herrera (Salón Guido) — SAYAGO: 28 de Febrero 1044 — COLON: Avda. Garzón 1934 — PARQUE BATLE Y ORDOÑEZ: Avda. Italia 2791; Avda. Italia 3245

(Farmacia "San Marcos"); Canelones 2312 bis (Salón Artigas) — OBELISCO: Duv. Terra 1539 — CARRASCO: Cno. Carretero km. 15; Arocena 1571 casi Rambla — PUNTA RIELES: Cno. Maldonado 6274 km. 12 — PIEDRAS BLANCAS: J. Belloni 4316 (Salón Bonanza) — MILLAN: Avda. Millán 3141 bis esq. Huidobro. ● EN EL INTERIOR: CANELONES: Treinta y Tres esq. Rodó, Pza. 18 de Julio (Kiosco Isnardi) — LOS CERRILLOS: Máximo Tajes s/n. — LAS PIEDRAS: Avda. Artigas y Lavalleja (Kiosco Luisito); Plaza Avda. Batlle y Ordoñez 21 (Bazar Jorgito) — MALDONADO: Florida 878 — PARQUE DEL PLATA: Calle 2 esq. H — SAN JOSE: Carretera Colonia. Kilóm. 52; Ruta 1 Kilóm. 31.600. Playa Pascual — LIBERTAD: Ed. Macció, 18 de Julio y 25 de Mayo — SALTO: Agencia Noticiosa EL DIA — PAY-SANDU: Agencia Noticiosa EL DIA — TACUAREMBO: Salón San Luis, 25 de Mayo 354. Tel. 2071.



SEÑORAS

Trinchera de gran moda, modelo derecha con canesú fruncido, en colores de actualidad N\$ 99,00

Conjunto en jersey de lana, modelo de pantalón clásico y chaqueta derecha con detalle de pespuntos N\$ 175,00

Tapado en paño loden, modelo cruzado, manga raglan, cuello en punta N\$ 195,00

Tapado de gran abrigo, realizado en Pelo de Camello, modelo derecho con pespuntos al tono N\$ 290,00

HOMBRES

Saco sport Cavanah's realizado en paño tweed, corte impecable, modelo derecho N\$ 120,00

Pantalón Cavanah's en vigoret de pura lana, tonos de actualidad N\$ 48,00

Polera en cashmere con delantera acanalada, variedad de colores N\$ 29,50

VESTIR LA VIDA

CREDITOS



**COMPRE SEGURO
COMPRE EN SOLER**

Trinchera Cavanah's en acrocel limpezado, modelo cruzado N\$ 145,00

Niños

Tapado en paño para niña, varios colores, modelo cruzado, talles 10 al 12, N\$ 100,00; 4 al 8 N\$ 95,00

Montgomery en nylon grueso con forro de paño, modelo para niña o varón, talle 6 N\$ 90,00
aumenta N\$ 5,00 por talle.

Polera para niña o varón en jersey, modelo con cierre atrás, todos los colores, talles 10 al 16, N\$ 13,50; 2 al 8 N\$ 11,50

Mocasin clásico en cuero de primera calidad y taco de caucho, talles 28 al 33, N\$ 29,50; 22 al 27 N\$ 25,50

Pantalón en jean frizado, gran variedad de colores, modelo para niña o varón, desde N\$ 22,00



SARANDI CENTRO CORDON

UNION AGRACIADA LAS PIEDRAS